



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 11 Diciembre 1913.-Número 50

UNIVERSAL  
RIVADAVIA, 1.255  
BUENOS AIRES

El lunes 1.º de Diciembre publicó *España Nueva* esta entrevista celebrada por Rodrigo Soriano con un redactor de *Tarragona Federal*:

## “Un rato de intimidad

### La boda del Sr. Soriano

Por haberse publicado noticias diferentes respecto á la próxima boda del batallador diputado por Madrid D. Rodrigo Soriano con la señorita Dolores Martí, tema que ha sido objeto de apasionados comentarios, dada la significación política de Soriano, discutiéndose en todas partes si el matrimonio será eclesiástico ó civil solamente, nosotros hemos querido, aun faltando al decoro periodístico por la consideración que un asunto tan íntimo merece, preguntar á nuestro querido amigo y correligionario lo que haya de cierto acerca de tan comentado asunto.

Rodrigo Soriano, al ser interrogado, contestó:

—Efectivamente... Me caso y pronto, en el mes de Diciembre, y quizás á su final. Año nuevo, vida nueva. La fecha no puedo precisarla, porque la ignoro...

—Pero—le preguntamos—, usted, tan luchador, tan batallador, ¿se casa?

—¿Y por qué no?... Me parece excesivo que se me pregunten estas cosas... Pero yo vivo al aire libre, «con luz y con taquígrafos», y aun de mis actos íntimos, por si tuvieran derivaciones políticas mal intencionadas, quiero responder. Cara á cara voy á casarme, y sería indigno realizar mi ideal en la duda de si voy á consagrarlo por una ó por otra fórmula de las acostumbradas... Cuando se quiere y se respeta á una dama—tan republicana y tan antifanática como yo, hija de un republicano de Tarragona—proclamar su consorcio es un orgullo...

—Yo le felicito... ¿Pero usted dejará la política?

—¿Por qué? Con más bríos que nunca la seguiré. No creo que sea obligación de los luchadores, por violentos que sean, permanecer solteros. Mi futura esposa compartirá conmigo mis luchas y mis peligros por el ideal de la Justicia, de la República y de la Patria. Tanto orgullo tendré yo en consagrarme á ella, como ella en consagrarse á mis ideales.

—Muy bien. Pero el matrimonio, ¿cómo será?... Porque... esto se comenta mucho, muchísimo...

—No me choca, y quiero ser clarísimo para evitar comentarios... Mi casa es de cristal y mi casamiento lo ha de ser también... Me casaré por la Iglesia.

—¿Cómo!

—Sí, señor; por la Iglesia.

—Entonces... ¿se ha convertido usted?

—Yo, ¿de qué he de convertirme? Yo soy el de siempre, y saldré tan convencido de mis ideales de la Iglesia como entré. Soy partidario de la separación de la Iglesia del Estado, como lo es Vázquez Mella, que no creo sea correligionario mío, según lo ha proclamado en el Congreso y en todas partes. En todos mis discursos proclamé el odio al fanatismo, venga de donde venga, el respeto á todas las creencias noblemente sentidas. Si la República triunfara mañana, yo respetaría por igual al cura que ha de casarme, como al pastor protestante ó al «rabino» ó al «fakir» ó al «muezzin» mahometano que adorasen á su dios; pero respetándolos á todos é impliéndolo por la fuerza pública que se les atropellara. A toda costa me negaría á que se les dejara mezclarse en la política y en la marcha del Estado, y el Estado les negaría todo auxilio para su culto. Si quisieran extralimitarse, los castigaría como á cualquier ciudadano. Serían todos iguales ante la ley: ciudadanos con sotana, sujetos á la misma ley que todos. En el templo, dueños de su casa; fuera de él, ciudadanos como los demás.

—¿Y no le censurarán á usted por su boda?

—Me es igual. Será un signo de incultura. Yo me caso por la Iglesia, rindiendo un tributo de galantería y de tolerancia. Si yo escojo á una señorita porque creo que ha de hacerme feliz, ¿he de obligarla á que sea como yo, aun cuando como yo sea? Sería esto tan salvaje como el amor marroquí, que hace esclavas á las mujeres. Si ella no se mezcla en mis luchas, lo menos que yo puedo hacer es respetarla, y, por galantería innata en caballeros, complacerla. Como ella respeta y respetará en conjunto mis ideales religiosos y políticos, yo respeto los suyos...

—¿...?

—Además, si vamos á hacer la lista de los diputados, senadores, concejales, personajes republicanos que se han casado por la Iglesia, quizás no quede uno que no se haya casado así, desde Lerroux á Sol y Ortega y desde Blasco Ibáñez á Pi y á tantos... Todos, todos... ¿Por qué se me ha de censurar lo que en otros pareció bien?...

—Es cierto, pero...

—Mire usted. Hay, además, una razón suprema, un sagrado deber que yo he de cumplir. Sabe usted que mi santa madre murió hace poco. Mi madre, todos lo sa-

ben, pertenecía á la aristocracia; vivía en un medio ambiente social y político bien distinto de aquel en que yo me muevo; pero era un alto espíritu liberal, avanzado, porque era vascongada, y allí ser liberal creo yo que es más que en otros sitios ser anarquista. Los carlistas le habían quemado en dos guerras civiles todas sus haciendas... Era, sí, por herencia y por sentimiento, liberalísima; pero como casi todas las señoras españolas, sentía, sin fanatismos ni mojigaterías, la tradición religiosa... Sin embargo, respetó siempre, con indefinible amor, mis luchas contra la Monarquía, contra el régimen social en que ella vivía, contra el fariseísmo religioso. Y me animaba siempre en ellas. Conoció mi boda tres días antes de morir, y le pareció muy bien. La última carta que escribió tres días antes de morir, de su puño y letra, con letra entre amorosa y enérgica, como era siempre ella, fué aquella en que me pedía, como supremo favor, «que me casara por la Iglesia». Si ella hubiera vivido, quizás yo hubiese tenido un gesto gallardo renunciando á su cuantiosa herencia, aun cuando consagrara con más motivo mayor culto á su amor. Pero murió tres días después...

Es, pues, la voluntad de una madre muerta para mí sagrada. No hay hijo ni esposo que sienta de otra manera. Eso, para todo bien nacido, es sagrado. He aquí por qué me caso por la Iglesia: por amor y respeto á mi madre, por respeto y amor á mi prometida, por absoluta tolerancia, y por seguridad de que yo no he de ser otra cosa de lo que siempre he sido, soy y seré.»

Al acabar de leer lo que antecede, sentí impresión penosa. ¡Otro campeón, y de los más esforzados, abandonando su puesto de honor en la vanguardia! No se retira de la lucha, no deserta, pero hace concesiones al enemigo que aumentarán su fuerza y osadía. Es muy triste esto.

Las razones en que apoya Soriano su resolución, son nobles: responder al deseo de una madre moribunda... complacer por galantería á la mujer amada... Me guardaré bien de herir esos sentimientos, enjendradores de tantos hechos sublimes.

Pero no se discute esto, sino si puede un hombre de la altura política de Soriano anteponer esos delicados sentimientos á las implacables exigencias del deber, mucho menos estando en el período álgido de la batalla contra el clericalismo, siendo él uno de los generales que pelean, y habiendo otro camino franco por donde



llegar con la frente muy alta al punto deseado.

No soy un fanático del anticlericalismo, ni un convencido de la necesidad absoluta de *descatolizar* a España, para ponerla en condiciones de dignificarse y engrandecerse; y aunque me duele mucho que Soriano se case canónicamente, dando así pretexto a sus enemigos para elogiarle y a sus émulos para zaherirle, no intervendría en este asunto si sospechara siquiera que, por confusión inexplicable en hombres de su temple, había encontrado la fe en el camino de Damasco. No, no sería yo quien lo censurase; me limitaría a lamentarlo. Pero como creo, y más después de leer lo que ha dicho, que seguirá pensando y obrando como hasta aquí, ruegole que escuche benévolo lo que opina este su viejo amigo, que hubiera anhelado verle en esta ocasión mirar la preocupación religiosa con el mismo soberano desdén que ha mirado tantas otras preocupaciones sociales.

Y añadiré:

Si el casarse canónicamente no tuviera otra importancia que la de sustituir al sacerdote por el juez, casi no merecería la pena de parar mientes en ello: cuestión de indumentaria. Levita ó casulla ¿qué más da? Pero si no es así! Si para ponerse en condiciones de celebrar el acto canónico, hay antes que abjurar, pública ó privadamente, de las ideas que se vertieron! Si hay que arrodillarse ante un clérigo, reconocerse culpable, arrepentirse, hacer propósito de enmienda, cumplir una penitencia, en suma, ultrajarse á sí propio!...

¿Que no ocurrirá esto tan al pie de la letra como digo? El sacerdote que lo case incurrirá entonces en penas canónicas.

Y, créame Soriano: sólo al pensar que él, un hombre que no reconoció nunca más fueros que los de sus bricas, ni se ajustó á otras pragmáticas que las de su voluntad, ha de verse en tal trance, algo en mí se subleva y protesta afiadamente, cual si hubiera de ser yo el que se viese á los pies de esa Iglesia que se goza en la humillación del hombre que no se le somete del todo.

Y si yo, que al fin y al cabo no soy más que un amigo suyo, siento estas indignaciones, piense Soriano en lo siguiente:

Si la noble mujer que fué su madre llega á tener la visión de esa escena humillante para el hijo que tanto amó; si sospecha por un momento que él, su Rodrigo, tan batallador, tan altivo, tan indomable, podía verse por complacerla prosternado ante otro hombre, reconociendo culpas, formulando arrepentimientos, prometiendo enmiendas, blasfemando, en fin, de las ideas que heroicamente defendió por creerlas justas, por creerlas santas, por creerlas redentoras, ¿no opina él que hubiera exhalado el último suspiro sin expresarle el deseo de que se casara por la Iglesia? Yo sí lo creo. El panegírico que de la aristocrática señora hicieron cuando murió los que tuvieron

el honor de tratarla, me garantiza la certeza del supuesto.....

Comprendo que al extremo que han llegado las cosas, les sería muy violento á todos retroceder. Sin embargo, voy, con todo el respeto debido, á permitirle hacer una pregunta á la señorita que va á unirse á Soriano:

«Si en uno de esos abnegados impulsos peculiares en toda mujer de espíritu elevado, se dignara usted indicar al hombre que va á colmar de dicha, que no le causaría contrariedad ninguna darle su mano ante el juez, ¿cree usted que él no pensaría que por su boca le hablaba la madre que ha perdido? ¿Que no admiraría la delicada manera de hacerle saber que estaba ya unida á él espiritualmente en todo? ¿Que no se enorgullecería de haber encontrado en usted la compañera ideal? Inténtelo usted, señorita, inténtelo usted, y ahuyentará del cielo de su próxima ventura la única nube que acaso pudiera por un instante empañarlo.

¡Oh, si usted lo hiciera!...

Al salir del patero hogar al lado del hombre que ha resucitado para usted la antigua y caballeresca frase: *«todo por mi dama»*, comenzaría á recibir el premio de su buena obra. Las miradas de admiración y cariño que le prodigara el pueblo, ese pueblo que con tanta constancia y valentía defiende el que usted ama, iluminarían su tránsito hacia el juzgado con resplandores de aurora, más refulgentes que la luz de los cirios del altar; las aclamaciones de la muchedumbre entusiasmada esparcirían por el espacio armonías más solemnes y conmovedoras que las del órgano; y ¡allí pronunciado ante el representante de la ley, sin dobleamiento de rodillas, repercutiría con sonoridad intensa en los corazones de ambos, y resultaría el acto grande, muy grande... tanto por la abnegación de usted, como por el ejemplo de su esposo.»

Y después de hablar así á la prometida de Soriano, demandándole nuevamente gracia por mi atrevimiento, ¿qué decirle á él? Que si quiere fijar en el espíritu de ella uno de esos recuerdos imborrables que sirven luego de lenitivo á los desencantos que el tiempo acumula, cátese civilmente, visite después con su esposa varias regiones de España, y recibirán ambos tantas ovaciones, y escucharán tales alabanzas, y dejarán sembradas tantas semillas sanas de redención, que bendecirán una y mil veces la hora en que acordaron volver sobre su acuerdo.

¿Que otros hombres importantes del republicanismo se casaron por la Iglesia, sin que á nadie le produjera extrañeza? Sí; pero cuando lo hicieron, ni ellos hablan alcanzado la significación política que Soriano tiene hoy, ni el clericalismo la fuerza y el poderío que ahora ostenta. Además, si la personalidad de Soriano se destaca singularmente de todas, ¿por qué compararla con ninguna? Antes que molestarle, debería envanecerle esa excepción que hacen con él. Sólo se le

pide mucho al que se sabe que tiene mucho.

He hablado á Soriano como amigo leal. Estoy seguro que él no verá en todo cuanto he dicho otro móvil que el interés, un tanto egoísta, de seguir envaneciéndome de tener amigos que ponen en armonía sus obras con sus palabras.

JOSÉ NAKENS

## LA ULTIMA VISION DEL OBISPO

Sic transit gloria mundi...  
Humo es la gloria mundana...  
Mas la celestial... ¡ni eso!

Lo confieso ingenuamente: la Iglesia me ha desmoralizado el sentimiento de la compasión y de la lástima. Cada vez que leo la noticia de la muerte de uno de sus jerarcas, siento la misma pena que ellos sentirán por la mía.

¡Da fatiga no poderse elevar uno sobre el nivel de esas gentes!... Pero, sí: los odios engendran odios, y no hay manera de evitar este fatal contagio.

Esta temporada no ha sido mala. En poco tiempo han muerto el Cardenal Vives, el Cardenal Aguirre, el Cardenal Oreglia y el obispo Laguarda: cuatro figurazas de la Iglesia: cuatro factores muy principales de la vida eclesiástica moderna: cuatro relacionados míos, que se me han fugado con muchas cuentas pendientes, y me quitan la oportunidad de muchos sucesos folletinescos.

¡Es un fastidio que el enemigo no viva eternamente!

Antes, cuando yo tenía el tesoro de la fe, no sentía estas impacencias. ¡Dios será el vengador!—me decía.

Y veía con indiferencia la injusticia y la iniquidad, y á veces con placer... Con placer insano, es cierto, del cual tuve que arrepentirme, y cuya maldad no acertaba á explicar bien la teología católica.

Este placer íntimo no puede saborearlo el ímpio, como no puede saborear otros muchos de la infinita lujuria religiosa.

Anatole France presintió un caso de esta lujuria en el pecado de la carne entre dos beatos que juegan sobre una carta la vida eterna del fuego infernal, y se cobran en un instante de exaltación insuperable de deleite el dolor del eterno suplicio.

El deleite del pecado... el placer de lo prohibido... Lo infinitamente prohibido, e infinitamente codiciable, sólo por ser prohibido... Este placer de la carne religiosa no puede sentirlo el incrédulo. Esto ha sido ya descrito por muchos.

Pero no creo que nadie haya descrito, este otro placer de la venganza infinita reservado á los creyentes.

Crear que hay un infierno: crear que ese infierno no tendrá fin; crear que sus suplicios son los más atroces, los más sarcásticos, los más crueles, y... ¡ser bueno para ir al cielo, desde el cual contemplar este eterno *spoliarium*!

Yo lo confieso sinceramente. Los que



dicen que el cielo católico ha de ser aburrido, se engañan. Porque, cuando yo me elevaba á él, cuando me sentía nostálgico de los placeres de la visión celestial, de Dios y de los santos, volvía las espaldas y me solazaba en esta otra visión del infierno...

¡El infierno!... Por sólo ver el Infierno desde la barrera, me parecían llevaderas las penas del vivir y el azote de esos tratables de negros que se me hacían los obispos.

Porque, confieso que desde muy joven recibí la educación jesuítica y el espíritu nocedalista, que era el mejor extracto del jesuitismo, como yo era la flor del integrismo. Por esto desde muy joven vi que si en el mundo había demonios en figura de hombres, eran los obispos. No digamos de los arzobispos, cardenales y papas...

Si algún día tengo el humor en sazón para ello, escribiré un librito con estos títulos: *La Iglesia vista por un ojo jesuítico de pura cepa*, pero no de cuarto voto.

El odio á los obispos, el horror á los obispos, el atco á los obispos... Llámese como se quiera: pero yo sentía todo eso y eso sienten todos los jesuitas de algún criterio. Porque el obispo, para poder ser medianamente cristiano, necesitaría ser un coloso del talento, de la virtud y de la religión: y eso no se encuentra; antes bien se ven en cada uno de ellos como concentrados todos los pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, envidia, ira, gula y pereza. ¿Hay cosa más irritante que un obispo? ¿Cosa más susceptible y muelle? ¿Cosa más absorbente? ¿Tirria más terrible? ¿Bodega mejor provista? ¿Comodón más aprovechado? ¿Zan-cadilla más hábil que la suya?

Y al pensar que ese ser se nutre de la autoridad de Vicario de Cristo, polo opuesto de estos vicios; y al verle predicar á Cristo de palabra y en todo momento, y en todo paso desmentirlo, porque no puede por menos, porque así es el obispo de la Iglesia, por disciplina y por ley... forzado á predicar mansedumbre y á arrear anatemas; á predicar humildad y á hacerse llamar ilustrísimo, excelentísimo y eminentísimo; predicar la Cruz de Cristo y hacerse llevar la cola por el capellán; á predicar abstinencia y á hacerse servir de una corte de lacayos; á predicar la dureza del reino de Dios, y á reclamar almohadilla para sus codos... y esto es lo grave y lo terrible; y por esto cuando alguna vez entre compañeros y padrinos se me hablaba de obispados más ó menos asequibles, me decía y deciales... ¿Pero no veis que es camino que lleva de cabeza al Infierno? ¿No veis que los vicios están impuestos por la ley? ¿No veis que eso de obispo es la antítesis de lo cristiano?

Pues, bien: cuando andando el tiempo iba descubriendo las andanzas y maniobras secretas de los palacios y curias, sentía crecer aquella maldad hasta el espanto.

Y al sentirme herido por ella y opri-

mido y machacado y hecho picadillo, cierto que me dolía: pero, pasado el primer grito de dolor, me reía... ¡me daba gusto! me placía verme pisoteado por sus caballos, acibillado por sus decretos, ladrado por su jauría... ¡me placía verme despejado de lo mío, afrentado por su despectismo, burlado por su orgullo!

Me reía... ¡me daba gusto!

Y soy franco, y lo confieso. En este placer no entraba tanto el saborear los grados de gloria que con ello ganaba para el cielo, como el malvado placer de contemplarlos á ellos, á los obispos, en el Infierno, eternamente rablando, eternamente gritando, eternamente desaperados, corridos, aplastados, ridiculizados, pisoteados, machacados y hechos picadillo, comidos de pulgas, de picas, chinchas y ratones: escribiendo fuego para encender más en sed; locos, desgarrados, descubiertos sus tripas.

¡Oh, el placer del infierno!

Por esto el día que vi que no existía el infierno, sentí pena muy honda; me sentí desconsolado y desolado...

¡Me robaban el mayor placer!

El criminal era declarado insolvente é inviolable...

Y ahora, al verle morir, siento una pena extraña. Se van... y dejan sin solventar sus cuentas...

Si ellos tuvieran fe, ¿quién...

Si ellos creyesen en el infierno...

Pero... ¡no! Es imposible. Un creyente no puede ser obispo. Huiría de serlo como se huye de Satanás... como se huye de la horca...

Y al final, no se halla en ellos la visión del Infierno, sino un delicioso

«¡Que me quiten lo ballado!»

S. PEY ORDREX

## Cosillas

### Creyentes y aficionados

Los que con este frío viven en cuartos sin luz ni ventilación, húmedos é impregnados de los vahos de la alcantarilla; aparentando descansar sobre un jergón de maíz molido; echando encima de la tálca manta que medio los tapa las mugrientas ropas que llevaron durante el día, para que contribuyan en cuanto esté de su parte á aminorar en un grado siquiera la temperatura bajo cero que en el cuarto se disfruta, y que les agarrota doblemente por no haber ingerido en su estómago la cuarta parte de la alimentación que necesita para mantener medianamente equilibrado el organismo.

Eator, estos son para mí los verdaderos creyentes, si no dudan, á pesar de tan duras pruebas, de la bondad ni de la justicia de Dios.

Crear en él habitando en confortables habitaciones, yendo bien abrigados, comiendo bien, y deseando que escarce para poder patinar, me parece muy natural y sencillo. ¡No faltaría más sino que

no creyesen en Dios los que disfrutaban de todo eso, aun cuando sea á costa del trabajo ajeno!.....

Algo parecido me pasa con las corridas de toros.

Los que empeñan el colchón para comprar un billete de aol, á merzan una tajada de bacalao en una taberna, van á ple á la plaza andando por todos sus poros y retornan en el coche de San Francisco á en casa, donde les aguarda por toda comida unas judías ó unas patatas, estos, estos son para mí los verdaderos aficionados.

No los que van á la corrida en coche ó automóvil, después de haber almorzado bien, y se instalan cómodamente en la localidad de sombra que prefieren, y retornan en el mismo vehículo que fueron, y esperan en un círculo ó un teatro la hora de comer espléndidamente.....

Sólo los que se sacrifican tienen derecho á que se les crea, lo mismo en religión, que en torería.

### Confeción de cadáveres

A los tres ó cuatro días de haber sido destrozado por el tranvía en la calle de Sagasta el niño de seis años de que hablé en el número anterior, otro tranvía atropelló á un anciano en la de Carranza, rompiéndole las dos piernas.

Habría que averiguar si las Compañías de tranvías tienen hecho algún contrato con los explotadores de cementerios para irles proporcionando parroquianos.

Voy sospechando que tal vez lo tengan, al ver el gran interés que se toman por confeccionar cadáveres.

### Juicio apasionado

Leo en *El País*:

«La Iglesia es chamarilera de lo que no le pertenece. La Iglesia enajena cuadros, esculturas, retablos y objetos de orfbrería y de tapicería. La Iglesia ha estropeado—un verdadero crimen—la imponderable mezquita de Córdoba. La Iglesia se ha permitido blanquear muros de piedra ó de ladrillo, afean portadas, tapar lindos arcos, embadurnar estatuas. La Iglesia oculta objetos de arte, como los cuadros de Goya que hay en la catedral de Valencia. Y la Iglesia es tal, que ahuma y destruye los frescos de la parroquia, que fué ermita, de San Antonio de la Florida, para castigar así, inquisitorialmente, en una de sus obras, la heterodoxia y el afrancesamiento de don Francisco Goya y Lucientes.»

No negaré que la Iglesia sea todo eso; ¡Dícs me libre!

Pero si diré que me contentaría con que no fuera más que eso.

Todo lo demás que piensa, dice y hace, es peor cien veces, según aseguran los que quisieran que desapareciera cuanto antes, para que el hombre corriese desbocadamente por el extenso campo de sus perversas pasiones sin el poderoso é insustituible freno religioso.

Y á propósito.



### El freno religioso

Leo en *Le Journal* de París del día 19 de Noviembre:

«Rouen 18 Noviembre. *Despacho de nuestro corresponsal particular.* El Tribunal del Sena Inferior ha entendido hoy en un hecho de *costumbres*, en el que el abate «Lacuisse», de Gancourt Saint Etienne, era acusado de ultrajes al pudor de niñas de nueve á once años que frecuentaban la enseñanza del catecismo. Los hechos denunciados se verificaban en la iglesia ó en la sacristía. Ya por otros semejantes cometidos en 1911, el abate, que se encontraba entonces en Saint Vaas-du Vas, había sido condenado á tres meses de prisión. Y parece que durante este tiempo se le permitió el ejercicio de su profesión, siendo nombrado seis meses después para Gancourt.

Compareció ante los jueces con vestido civil. Se había dejado el bigote y no llevaba tonsura, por lo que no se podía adivinar que era clérigo el que se encontraba en el banco de los acusados. Inculcado de atentados al pudor, se procedió á la información, confesándose reo de dicho delito.

El abate Lacuisse se presentó humilde, aceptando una actitud modesta. Después de escuchar las declaraciones de las pequeñas víctimas, aunque no contestó categóricamente, dijo que dichas declaraciones eran exageradas. Un médico de Neufchatel que ha examinado al acusado, estima que, sin ser lujurioso, no es absolutamente dueño de sus impulsos.

El Jurado aceptó las circunstancias atenuantes, y después de oír la defensa de Mr Roidon, el Tribunal deliberó brevemente y condenó al abate á cuatro años de prisión.»

Creo que nadie negará, después de leer ese relato, que el freno religioso contiene eficazmente las pasiones del hombre, y aún las del cura. ¿A dónde no hubiera llegado sin él ese desventurado maestro de Catecismo?

No se hubiera contentado, no, con profanar solamente niñas de nueve á once años. Habría retrocedido quizás horror causa pensarlo, á las de siete y ocho. ¿Y quién sabe si luego, teniéndolas también á tiro de Catecismo, no habría extendido su enseñanza á las de doce á quince?

Mientras que, gracias al freno supradicho, no se extralimitó más que con las de nueve á once.

Niéguense, en vista de esto, que el freno religioso contiene las pasiones del hombre, ¡y hasta las del cural!

### Ganga positiva

Por un artículo de Arturo Mori en *El País*, me enteró de que el Papa nos ha adjudicado un patrón á los periodistas: San Francisco de Sales.

No conozco ni de oídas á este santo, y por esto no sé si tiene razón Mori al decir que Santo Tomás de Aquino, San Agustín y San Isidoro eran mas acreedores á ese patronato.

Lo que sí sé, es que yo no quiero patronos celestiales, y que, por lo tanto, cedo sin ninguna violencia la parte de patrón que me correspondía al primero que me la pida, *gratis et amore*, y com-

prometiéndome á no reclamársela en mi vida.

Y si van anejas á cada parte algunas indulgencias, se las cedo también, ya que no habla de utilizarlas para nada.

Con que, á aprovechar la ganga, compañeros aficionados á estas cosas.

### Madre previsora

Pues, señor, este era un matrimonio, que apesar de tener una niña de dos años, se moría de hambre por falta de trabajo. Y la niña también se moría, como es consiguiente.

¿Qué dónde vivían, mejor dicho, que dónde morían? En Robres, pueblo de la provincia de Huesca.

Y sucedió que un día saltó el jefe de la familia sin duda á desbalagar en un paseo higiénico las últimas patatas comidas la semana anterior, y quedó sola la mujer, es decir, la madre, con la niña.

Y no sabiendo como distraer sus ocios, se puso á escribir varias cartas, y después echó mano al cuello de la niña, y se lo apretó con la vehemencia que pone toda mujer en sus actos maternales.

Y luego, creyendo que su hija había dejado ya de sufrir, cogió una navaja de afeitar y se dió unos tajos en el mismo sitio donde apretó á su hija.

Pero ¡ay! como la humana naturaleza es tan sensible al dolor físico, no pudo contener unos gritos delatores, y acudieron varios vecinos; y después de horrorizarse, como es natural en estos casos, trataron de salvarla.

Enriqueta, que así se llamaba, logró desasirse de sus manos, corrió hacia un pozo inmediato y denodadamente se tiró en él.

Le arrojaron una cuerda para que se asiese á ella, y no la utilizó.

En una de las cartas que dejó escritas, explicaba el por qué obró de aquella manera: por evitar que su hija fuese, como ella, *víctima de la miseria*.

Na! ¡tan previsora como el corazón de una madre.

### Desigualdad ante la ley

Los tenientes de alcalde de los distritos de Buenavista y del Centro han dado ahora en la gracia de pesar el pan y decomisar el que encuentran falto de peso.

Los tahoneros se quejan amargamente, como es muy justo. ¿Por qué se ha de castigar únicamente á ellos por robar, siendo así que roban casi todos los honrados ciudadanos que venden artículos de comer, beber y arder?

Los demás tenientes de alcalde interpretan mejor que los dos citados la sacramental frase, *igualdad ante la ley*. No ponen á todos los *industriales industriosos* de sus distritos otro freno para el robo, que el de sus propias conciencias.

Saben, sin duda, lo escrupulosas que son.

### Por toser fuerte

Todo hombre que se ~~caga~~ creese, durante cinco ó seis días por lo menos, un

ser superior, y le da por toser fuerte. Luego apenas si se atreve á respirar.

Pues por eso, por toser fuerte el día que se casó, está un joven expuesto á venter en la sombra unos añitos.

Figúrense ustedes que estaba mi hombre arrodillado ante el ara santa, al lado de su ya parte contraria, aguardando á que el sacerdote le diera la comunión, y que en el mismo momento de colocarle sobre la lengua la Sagrada Forma, le acomete tal golpe de tos, que no pudo retener el pa de vida espiritual en la boca.

Y calculen cómo se pondría el ministro del Altísimo, dada la importancia que los de su clase suelen dar al sacramento ese: las palabras profanación, sacrilegio, castigos se atropellaban en sus labios por querer salir todas á la vez.

Y piensen de paso en el terror de los dos recién casados al escucharlas; lo menos creían que iba á abrirse la tierra y á tragárselos, lo que milagrosamente no ocurrió.

El joven pidió al indignado sacerdote perdón en yo no sé cuantas formas, por aquel horrible crimen involuntario, ofreciéndole confesar y comulgar otra vez para probarle lo acendrado de su catolicismo, y contestóle el buen pastor, que en cuanto afectaba al orden eclesiástico, él le perdonaba de todo corazón; pero que como había ya notificado el horrible sacrilegio á las autoridades,

allá que los tribunales se las entiendan con él.

¡Oh, jóvenes que en lo sucesivo caigáis en la mala tentación de casaros canónicamente, pudiendo hacerlo civilmente!

Absteneos de toser fuerte, ya por creeros hombres superiores, ya por estar acatarrados, á fin de no exponeros al pericance que ha sufrido ese joven imprevisto aunque católico en la parroquia de Chamberí.

### Un aplauso

Aún hay curas en Galicia que consideran obligatorio el pago de Oblatas. Uno de ellos es el de Ordenes.

Veinte feligreses llevaron el asunto á los Tribunales, y el juez ha sentenciado reconociendo el derecho de los feligreses á negarse á pagar forzosamente las Oblatas.

Almíro la independencia de ese juez, pero no le auguro grandes adelantos en su carrera.

Todo el que hoy no sirve los intereses del clero medra poco.

### Acto de justicia

Más de 40.000 jóvenes de buena posición figuran como inscritos en los departamentos marítimos. Y en virtud de la ley de Reclutamiento de la armada, pueden redimirse mediante 1.500 pesetas.

Si los que hicieron la ley, dejaron á conciencia abierta la puerta esa para que no rigiese la ley del servicio militar obligatorio después de abolida, puedenla a-



barse de que les ha resultado bien el juego.

Mas si lo hicieron inadvertidamente, lo menos que debería exigírseles es que inmediatamente anularan las inscripciones hechas y evitaran que en adelante pudiera nadie burlar tan cínicamente la ley.

Hacer ingresar á todos en filas, perdiendo los seis mil reales quienes ya los hubieran dado, y exigiéndoselos á los que todavía no lo hubieran hecho, sería algo que enaltecería el ideal de justicia.

Perdonadme, lectores; se me ha ido el santo al cielo al proponer que se verificase un acto de justicia tan lógico. Me he olvidado de que estamos en España, y de que esos 40.000 burladores del servicio militar obligatorio tienen dinero.

### ¡Eche usted cartas!

El espectáculo fué conmovedor y dió una idea de lo civilizada que está España desde que las órdenes religiosas se dignaron volver á ella.

El día 19 del pasado se procedió en el Real Santuario de San José de la Montaña (Barcelona) á la cremación de las cartas recibidas durante el último semestre, y en las que cada firmante hacía al Santo bendito una petición: 42.500 cartas fueron reducidas á cenizas.

Es una lástima que no se conserven y publiquen esos documentos, para que las generaciones venideras puedan apreciar los grados de civilización bajo cero que alcanzaba á principios del siglo XX el país predilecto de la Iglesia católica.

Suponiendo que cada carta no contuviera más que diez necesidades, sumarían 425.000, todas inspiradas por el espíritu religioso. ¡Y eso en una sola población!

Con que ayúdeme usted á sentir si hubiera un San José de la Montaña en cada una de las que existen en esta Zulu-landia europea: por millones se habrían recibido.

Para la mayoría de los españoles no hay más que tres maneras de adquirir: robar, jugar á la lotería ó pedirle á los santos.

## JUDIOS, MOROS Y CRISTIANOS

El Sr. H. Hamann pide la libertad de cultos para protestantes y judíos, como medida previa para el Congreso de judíos que se intenta promover en Toledo.

Pues, por estos mundos de la prensa se han desatado unos cuantos apóstoles que mueren de celo por los judíos de Salónica y de Mesopotamia, que, al salir de Palestina, hicieron de España su nueva Tierra Santa.

Pero ¿es que no pueden venir á España los judíos? ¿Es que en las aduanas y fronteras se pide la cédula religiosa para entrar en la península? ¿Es que no hay en España millares de judíos en todas las esferas sociales? ¿No tiene Rothschild los

negocios de Almadén y los ferrocarriles y otros mil?...

Pues ¿qué quieren los judíos? Para ser ciudadanos españoles no hacen falta ley, ni congresos, ni libertades; ni para negociar, ni para lucrarse, ni para vivir y morir honestamente.

¿Qué se pretende, pues?

¿Que vengan como judíos á judaizar?...

Pues, para nosotros, lo mismo da judíos, que cristianos, que mahometanos. Todos traen el mismo fardo de soberbia de *hombres de Dios*, de raza escogida, de seres superiores, enemigos natos é irreconciliables de todo pueblo, de toda raza y de toda nación.

El Talmud, el Corán y el Evangelio, en el fondo acclan son idénticos: *pueblo escogido*, celador de Dios, independiente de la sociedad humana y de sus leyes y moral: que se dicen víctimas cuando se ven impedidos de hacer víctimas suyas á los demás, imponiendo fe, costumbres, disciplina, jerarquía, teocracia y tributo. Eso quiere decir judaizar, mahometizar y cristianizar.

Como función melodramática, vengan los judíos con sus judías y judalcan cuanto quieran: pero ¿se contentarán con judiarse entre sí, y no tratarán de judiar-nos á todos?

Ahora nos cuentan que aquellos judíos se acuerdan tanto de España, que la quieren tanto, que la sueñan tanto...

¿Cuidado con los judíos!... ¿Y qué hacen de Jerusalén? ¿Cómo no acuden á su tierra de promisión?

Allá tienen en manos de los frailes los cuerpos de Abraham, de David, de Salomón... ¡en manos de frailes que los profanan con su cristianismo, anatema del judaísmo!...

Pero no van allá y vienen á España...

¿A qué?...

Si es para dejar en paz á quienes no se metan con ellos, vengan cuanto antes á Toledo á hacer la pascua al Primado. Reclamen sus templos, levanten de nuevo el Tabernáculo, maldigan á los cristianos, y procuren hacerse fuertes cuanto antes para salir á la calle con el *arca santa* y con una docena de Sansones que la emprendan entras los cristianos. Y á ver quien puede más. ¡Será de ver la colisión y el zafarrancho que los *hijos de los dioses* harán unos de otros! ¡Y la de profanaciones y sacrilegios que los católicos harán de las cosas judías y los judíos de las cosas católicas!

¡Vengan cuanto antes á renovar los milagros, las plagas de Egipto, el Diluvio, los ángeles exterminadores, las Judit bravías, las hijas de Lot...

Vengan cuanto antes á Toledo.

Y ya estoy viendo mano á mano al Sumo Sacerdote y al Primado, al cabildo catedral y al Sanedrín, los rabinos y los párrocos, los escribas y los teólogos, tratar de hacer las paces y de *concordarse*, diciéndose unos á otros:

— Cultive cada cual su viña y su rebaño, en paz y gracia del Señor, evitando competencias ruinosas, y... *¡id lo nuestro!*

Y aún se congregarán los abades con

los fakíres y rabinos, pastores protestantes y obispos, para tomar este acuerdo:

— Toda religión es buena... si dá de comer. El Mal es la impiedad, que no suelta un ochavo á los ministros de Dios. Vamos todos contra el enemigo común, y formemos el *trust religioso*, recabando del Estado la plena libertad de nuestra industria.

Porque ¡y querido lector! no se trata de religión en estas campañas, sino de industria religiosa... ¡La lucha por la vida!

El Dios Dinero, y su negocio llamado culto, que es la industria de hacer pasar el dinero del bolsillo del creyente al bolsillo del clérigo que con tal de sacarlo no miran de quién viene, ni de dónde procede.

Lo mismo recibe el Papa el dinero del judío, que el judío el dinero del Papa. Y aún hallan mayor placer en sacárselo al incrédulo que al creyente.

Diciendo todos lo mismo: «cree y paga: haz lo que digo, y no lo que hago...» porque si te saco los cuartos á tí, y tú hicieras otro tanto conmigo, el negocio no tendría cuenta.

Pero, en fin: ¿quieren los judíos venir á judiar con los cristianos, como los cristianos les judiaron á ellos?

Per nuestra parte, como quiera que no hemos de estar peor, ¡vergan los judíos! ¡Más judíos que nos tienen los católicos!...

R. MAYOL

### Cada uno á lo suyo

Un concejal republicano preguntó al alcalde de Sevilla, por qué había autorizado que fuese habitada nuevamente una casa declarada ruínosa tiempo hacía por los arquitectos municipales.

La pregunta se trata las de Cain, porque la casa era de propiedad del alcalde, señor que confiesa y comulga con mucha frecuencia.

Esta circunstancia lo disculpa ante mis ojos. No merecería la pena de ser católico, si la confesión no sirviera para absolverle á uno de una pequeña distracción como ésta, que sólo puede traer este insignificante perjuicio: hacer tortilla á unos cuantos inquilinos el mejor día.

El peor para ellos.

### El libro de San Ignacio á la prensa

Por fin, ha llegado la hora de ofrecer al público el prometido libro sobre la vida é historia de S. Ignacio de Loyola, que será su verdadera revelación, hasta aquí por todos reclamada y por nadie intentada.

Al tratar de darlo á luz, no he hallado editor que se ofreciera á imprimirlo con las ilustraciones y forma que reclaman los estudios modernos.

Por tal causa acudo al público invitándole á la suscripción por entregas, que se servirán desde el 1.º de Enero de 1914,



los días 10, 20 y 30 de cada mes, si se rennen siquiera mil suscripciones.

La obra formará tres tomos de unas 600 páginas cada uno, y contendrá unos 200 fotograbados de láminas y documentos.

Si la Compañía de Jesús (siempre temible en España) hallase medio de impedir la publicación, la impresión se hará en el extranjero.

El suscriptor será avisado, llegado el caso, para elegir el envío de las entregas en paquetes certificados, de 10 en 10, *sin recargo*, ó como correspondencia privada certificada, con el recargo del gasto de correo.

Al suscriptor que encargue cuatro ejemplares, se le servirá uno de más.

Y ahora, el antijesuitismo tiene la palabra.

S. PRY ORDEIX

D .....  
que vive en .....  
calle .....  
provincia .....  
se suscribe por ..... ejemplares al libro  
*Resurrección histórica de San Ignacio de Loyola*, cuyo importe de ..... pts. ....  
cts. correspondientes á ..... entre-  
gas á 25 céntimos cada una, remite (ó  
remitirá) .....

Fecha

Firma

D Emilio González. Apartado 579.—  
MADRID.

## Lo de siempre

Ha habido en España unas elecciones municipales; no sé lo que habrá ocurrido en otras partes; en Madrid, los señores, ciudadanos ó compañeros cuyos nombres fueron bandera en la linda comedia pasada, ante los problemas que de seguro existen han sabido salir guapamente del paso, no ya sin ofrecer soluciones, sino sin abordarlos siquiera.

Pase que los candidatos dinásticos se presenten así; pero los otros, los «nuestros», y más si son *reincidentes* ó *de retorno*, la verdad, no tienen derecho á usar, y menos á abusar, de las socorridas generalizaciones: Higiene, Moralidad, Fiscalización, etc. etc.

Se vence en el mundo no tanto por la fuerza como por la inteligencia; domina en definitiva el que más sabe, quien tiene más entendimiento; así igualarse al adversario en punto á vulgaridades y generalidades es causar un daño gravísimo á la causa que se defiende.

En Madrid—el lector discreto ampliará lo que sea de razón y hará las aplicaciones que le sugiera su buen juicio—hay ó parece que hay, problemas municipales de capital importancia, cuales son una justa y democrática distribución de los impuestos, la mayor baratura de la vida (lo que en algo depende de la ges-

tión del Ayuntamiento), la enseñanza profesional, la instrucción primaria, problemas de salud, de belleza, de bienestar; pues de todo esto los señores candidatos no han dicho palabra concreta.

Ocurrió exactamente lo que señalamos á raíz de las elecciones provinciales, y esto es sencillamente vergonzoso, ó lo parece.

Ir al ayuntamiento para ejercer una severa é implacable fiscalización, es deber que se supone en todos, —no faltaba más!— y hasta deber cuyo cumplimiento acreditaron cumplidamente en anteriores ejercicios algunos de los elegidos de la izquierda, esto es, los que van á darle el segundo golpe á la concejalla.

Pero con todo su mérito, con todo su valor—que no regateo—, es esta simplemente una cualidad negativa. Para vigilar y fiscalizar—la crítica es otra cosa—, en realidad todos servimos. Lo difícil es ofrecer soluciones para los problemas, decir lo que se debe de hacer, no lo que no se debe de hacer, y yo me pregunto si la táctica de negaciones y de vaguedades y generalidades puede dar á los elementos de la izquierda superioridad positiva sobre los elementos de la derecha, es decir, opinión, ambiente, y por tanto, fuerza y confianza que trascienda y llegue á mayores empeños.

Que los presentes y los pasados hombres que gobiernan lo hacen mal, es verdad que todos perciben claramente; si lo harán mejor ó peor los hombres de otro régimen es, por desgracia, una incógnita.

Y esta incógnita no se despeja más que de un modo: abordando los problemas grandes y pequeños, y diciendo neta, clara, concreta y razonadamente la solución de ellos.

Mientras el país oiga sólo eso de Moralidad, Justicia, Fiscalización, Democracia, Pureza del sufragio, Libertad, Emancipación y demás conceptos abstractos, me parece que no concederá superioridad á los hombres que los vierten sus fogosos y admirables discursos, sobre los otros, que á su vez hablan de Moralidad, Administración, Decoro, Cumplimiento de la Ley, Higiene, etc. etc.

Y si además el país advierte que los vencedores en la linda comedia, como los vencidos, son cosechados en banquetes y hasta en vinos de honor, probablemente confundirá á todos en una misma despectiva condenación...

Rectamente pensando, hay que suponer que no son ni la oquedad ni la ignorancia quienes inspiran los conceptos generales y vagos, las frases brillantes, los nuevos lugares comunes.

Pero lo parece.

J. J. MORATO

## TORPİZAS DE EVANGELICOS

*El gran error*

Desde que, hecha la revolución de 1868, que estableció la libertad de cultos, el protestantismo apareció en tierras es-

pañolas, tanto los que desde el extranjero enviaban aquí pastores y propagandistas, como estos mismos enviados, no hicieron más que cometer desaciertos.

Como dije en el artículo anterior (25 del pasado), era esto lógico, porque allá en Alemania y en Inglaterra, únicas naciones protestantes que nos invadieron, no nos conocían, ni mediante un estudio serlo trataron de conocernos.

Venían aquí aquellos achaparrados pastores que luego se supo eran de lo más inferior, del deshecho de la clase, chapurreando el mal aprendido castellano, lo único español que conocían.

La mayor parte estaba en la creencia de que éramos un pueblo idólatra como los papíes, que no conocíamos á Jesucristo, ni el Evangelio; ignorantes y fanáticos. Al fin cayeron de su burro; un poco tarde; tan torpes y ciegos eran; pero aun conservan ¡al cabo de cerca de medio siglo! la convicción de que somos muy inferiores en todo á los sajones y germanos; eso no se les cae de la cabeza.

En un punto no iban desacomunados: en procurar atraerse á individuos de nuestro clero católico, principalmente si eran buenos oradores.

Bien pensado; la oratoria vale mucho en el campo religioso y más en las razas meridionales; pero no lo es todo, no lo hace, no lo consigue todo. Para los invasores sin duda constituía el principal elemento, dado que, efectivamente, lo es en el protestantismo; no supieron empero distinguir ni amoldarse; al contrario, intentaron moldearnos en su turquesa exótica, un imposible, con masa tan dura como la nuestra.

En todo desgraciado, apenas si en tantos años han podido conquistar á tres ó cuatro clérigos católicos buenos oradores: Tornos, Cabrera, Carrasco, últimamente Longás; sólo éstos; sabios, eruditos, notables teólogos, brillantes escritores, ni uno, lo que se llama ni uno solo, porque el único pensador profundo y escritor viril, escultural, que se les presentó y admitieron, á fuerza de torpezas le obligaron á dejarlos: me refiero á Sala. Tampoco lograron ni un artista, clérigo ó seglar; ni un literato, ni un gran maestro... nadie, nada.

De manera que ni aún en la predicación, valor tanto de propaganda como de conservación, que estimaban primordial, consiguieron resultado alguno; aunque lo hubieran obtenido, no bastaba. Su error capital radicaba en la creencia de que aquí la religión entra por la cabeza, por los oídos exclusivamente, ya predicada en el púlpito, ya en la escuela, ya en libros y folletos. Tengamos oradores, maestros é imprenta, y lo tendremos todo, pensaron.

¡Insigne equivocación! El púlpito no se ha hecho oír; la escuela ha admitido niños á millares, hijos de católicos que han salido de esas aulas ó católicos siempre, ó indiferentes; el papel impreso ha servido para... envolver.

\*\*



¡El dinero que se gastaron allá en Inglaterra y en Alemania! ¡Lo que trabajó y removió la Sociedad bíblica! Políticos de talla, como Moret, fueron espléndidamente subvencionados; se abrió una gran librería en sitio céntrico, se fundó un diario, *La Reforma*, y otros periódicos semanales; toneladas de Biblias, de Nuevos Testamentos, de Evangelios sueltos y de libritos y hojas de propaganda corrieron copiosamente por toda la nación ó vendidas á bajo precio (el papel valía más) ó gratis, y no cesó, con dinero encima. Trabajo inútil; no es así como se propaga entre nosotros una religión; todo eso puede servir de algo, pero combinado con otras fuerzas.

Y en éstas ni aun pensaron los protestantes; cómo, si eran unos rutinarios, fanáticos algunos de ellos, vividores ó profesionales mecánicos los más, y por retranca no nos conocían y nuestro catolicismo era chino para ellos?

¡Ah!, que este catolicismo entrañaba tres ó cuatro males antiguos, causantes de otras tantas llagas que manaban sangre del corazón de nuestras multitudes creyentes; pero los llamados evangélicos en su ceguera arcaica no vieron tan palpables males ni tan manifiestas llagas, en las que debieron, era indispensable, tocar como en los registros de un órgano, y la masa ya hubiera respondido. Allí le dolía y aún le duele, le dolerá siempre; ansiosa estaba que se las curasen, pero con la medicina indicada, no con fríos sermones, con libracos y con ridículas cantamusas en capilluchas detestables.

¡Tantísimo dinero tirado á la calle en subvenciones á vivos, en libretos y «colportores» ó repartidores, en escuelas, todas menos que medianas, dinero que en pocos años ascendía á respetables millonadas, que aterraban; y tan pocos recursos, los menos posibles, para el templo y para el culto. Esta gente, decía un maestro mío, ignora el poder inmenso de la arquitectura en religión: padece que rechace las imágenes, pero, ¿relegar así el templo á tan pobre lugar? Están dementes.

Si la tercera parte de lo que se gastaron en los artículos arriba citados, lo invirtieran en levantar y artísticamente dotar buenos templos, que luego hubiera servido con talento una clerecía bien adiestrada, otra fuera hoy la suerte del protestantismo, habiendo gastado menos. Y ¿era esa la superioridad, la sabiduría, la grandeza de los extranjeros de allá y de los que nos mandaban y se quedaban por acá?

Debieron empezar por erigir, entonces que era posible, una gran iglesia en sitio muy céntrico, la calle de Alcalá, por ejemplo; ponerle campanas armoniosas, reloj público, un «carillón» ó campanario musical; dentro, el magnífico órgano, la orquesta, el ornato sugestivo, el aparato ceremonial, el incienso, las luces, los elementos del Arte que impresionan la vista, el oído y el olfato, los tres sentidos de la religión.

Tiempo después, otro templo en dis-

tinto barrio céntrico de Madrid y lo mismo de las ciudades provincianas... Tal habría sido el éxito, que al sobrevenir la Restauración, no se hubiera atrevido con aquellas fuerzas, ni con el prestigio enorme, tiránico, de la Arquitectura. Para abrir capillas sucursales modestas, aunque no repulsivas como las que conocemos, tiempo había siempre.

Lo que en vez de esto se hizo, ya lo vemos: tugurios indecentes; y la única contrucción parodia de una iglesia, en la calle de la Beneficencia, urinario y retrete público democrático del barrio; pero allí el precio del terreno era bajo... he ahí la causa de tal elección de sitio; la tacañería del desperdiciador de la harina y recogedor del salvado.

Ahora es tarde; el fracaso, evidente, irremediable, con ó sin libertad de cultos. Aquí lo nuevo, aunque malo, puede, bien presentado prosperar; lo que llega á desacreditarse y á la universal indiferencia, eso, todas las fuerzas, artes y trabajos imaginables no lograrán rehabilitarlo: los cadáveres no resucitan.

JOSE FERRANDIZ

## La revolución en México

«*El Imparcial*» de hoy, (5 Diciembre, 1913), publica una extensa información de la situación revolucionaria de México, formada con juicios de algún corresponsal de la prensa inglesa, particularmente interesado en el éxito del vandálico general Huerta. Como el olor del petróleo es fuerte olor, no nos sorprende que el asunto trascienda á puro negocio; de él pudiera decir algo el fracasado Félix Díaz, á quien le han escamoteado la Presidencia de la República haciendo con ello un mal tercio á alguna poderosísima compañía industrial británica, que, prematuramente supuso influente en el país al casual héroe de un momento histórico, ridículo y trágico.

Y *El Imparcial*, poco enterado del mar de fondo que existe en esa embrollada y triste cuestión mexicana, pregunta cándidamente comentando las noticias que le sirven desde París:

«Y ocurre preguntar: ¿Con qué justificación, con qué derecho pueden los Estados Unidos hacer al Gobierno mejicano responsable del estado de guerra allí existente, si son los mismos norteamericanos los que alientan y sostienen la rebelión?»

La imputación es falsa; y su falsedad se manifiesta, se evidencia con esta verdad: la revolución de México, en sus efectos para el exterior, perjudica en primer término á los intereses norteamericanos.

Hagamos una salvedad conveniente: aparte nuestra admiración por el progreso constante del pueblo norteamericano, creemos que todo buen español, desde la infamia de Cuba, detesta, ó debe detestar á Norteamérica; y dicho esto, quedamos fuera del alcance de maledicencias por supuestas simpatías hacia el coloso del continente americano.

Si los Estados Unidos del Norte, con su indiscutible y tosco poderío, y también con su vecindad, quisieran alentar y sostener abierta ó oculta la revolución de México, ésta hubiera ya triunfado y pulverizado al enemigo de sus libertades públicas; ese gran estratega de Huerta, á quien sólo vence el cognac, habría desaparecido del puesto que ocupa rodeado de bayonetas y á costa de cientos de vidas de infelices soldados que caen sin gloria y sin provecho matando á sus hermanos

Pero Wilson el demócrata, no es Roosevelt el expansionista, y la prudencia del digno presidente de los Estados Unidos, agobiado por la gravedad y la delicadeza de problema, quiere evitar el tremendo conflicto que acarrearía á su pueblo, sin duda la definitiva intervención armada en tierra mexicana; porque México es un pueblo esencialmente independiente, y á pesar de las escenas sangrientas con que nos horroriza el diario pudiera dar lecciones de dignidad como nación y de civismo como ciudadanos.

Así lo comprende Estados Unidos, que con la justificación y el derecho de damnificado y de humano, puede hacer responsable al actual gobierno mexicano del estado de guerra allí existente; sin originar sospecha de que su actitud lleve el propósito de una nueva usurpación de territorio ajeno, debe negar su apoyo á ese crimen,—más vulgar que político,—perpetrado en un pueblo libre por un montón de ambiciosos y de reaccionarios.

Si las intervenciones extranjeras no pedidas fueran ilegales alguna vez, estaría Estados Unidos en derecho para intervenir en México, porque la guerra civil vecina le ocasiona gastos y pérdidas; pero los gastos son hechos por su propia conveniencia, para la movilización de fuerzas armadas, y las pérdidas, ocasionadas por la guerra, son proporcionadas á los beneficios que produce el capital invertido en negociaciones extranjeras; pérdidas excepcionales é inevitables, cuando la tierra en que se explota ese dinero cambia sus leyes garantizadoras en despotismo con machete.

Y no hay que darle vueltas buscándole al asunto argumentos retorcidos: la revolución de México no cesará ni con la ensangrentada mano de hierro del general Huerta, ni con la iniciada campaña periodística comprada por éste, ni siquiera con la intervención norteamericana; cesará con el triunfo de los constitucionales que representan la ley. Estos serán los que perseguirán con eficacia el bandidaje que el general Huerta no puede extirpar de México, porque para aniquilarlo por completo sería indispensable su propio suicidio.

MANUEL VINUESA

## Poesías festivas anticlericales

TOMO SEGUNDO

PRECIO: UNA PESETA

## «Milagros comentados»

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

## El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico

de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 208 páginas,

UNA peseta.

## Dios ante el sentido común

UNA PESETA



## EL MOTIN



**TESTAMENTOS EN MODA.**—Como en este país no hay pobres, ni viudas, ni huérfanos, lego mi fortuna á...

Ayuntamiento de Madrid



# Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior .....	5958'58
Cuatro jóvenes revolucionarios, G. A., R. D., V. M., R. P. (Segorbe).....	1'00
Juan Pita (Ferrol).....	1'00
Cesáreo Marcos (España de la Orbada).....	1'00
José Batlsta Busquete, 1'00.—	
Luis Valls, 1'00.—Karl Farchs, 1'00.—Francisco Llena, 1'00.—	
José Alvarez, 1'00.—Francisco Maestre, 1'00.—Juan David, 1'00.—Robert Branderberg, 1'00.—Juan Carmidas, 0'50.—Miguel Puig, 0'25.—	
Hernán Carmidas, 1'00.—Carolina Brusquets, 0'25. (Todos de Barcelona).....	10'00
Eldencio Escribano (Camuñas).....	4'00
Joaquín Higuera (Nueva York).....	10'00
José Rivero (Coruña).....	2'00
Mannuel G. Salvadores (Idem). Baudilio Balart, 1'00. Joaquín Armisen, 1'00. Raimundo Rufiandes, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Antonio Solís, 1'00.—	
Juan Fusté, 1'00.—Bienvenido Vilaseca, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—José Coma, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—Enrique López, 1'00.—Jaime Camell, 0'50.—José Ventura, 0'50.—	
Magin Prunera, 0'50.—Armlsto, 0'40.—Antonio Barbado, 0'25.—José Bonet, 0'25.—Ramón Balart, 0'25.—José Franco, 0'20. (Todos de Gracia (Barcelona).....	13'85
Suma y sigue .....	6003'43

## La esterilidad protestante

Para el P. Ferrndiz

Veo, y no sin gusto, que al fin se han decidido ustedes los maestros de la crítica religiosa á deshacer el funesto equívoco del vulgo católico, que nos supone á todos los partidarios de ideas emancipadoras metidos de hoz y coz en el protestantismo, hallando su sistema como la cifra y compendio de todas las maravillas, y hasta pagados y sobornados por el oro de la Sociedad Bíblica.

Lo primero que se le ocurre á todo clérigo ingenuo y cándido, cuando se emancipa ó trata de emanciparse de las garras de la Iglesia católica, y más si lleva la impedimenta de un amor femenino enclma del alma, es pensar en el protestantismo como en un oasis donde todo es felicidad y ventura, y en el cual se pueden amalgamar sin violencia alguna sus derechos de hombre con sus convicciones religiosas. Al poner se en contacto con él se convence que su concepto acerca del protestantismo era ilu-

sión; mas de esto no se, escala al principio; lo ve claramente después, cuando ya no es posible la retirada sin sufrir un descalabro tremendo, cogido entre las dos ruedas escolares de la Iglesia y de la Reforma, que lo harán polvo á poco que se rebele y proteste: no tienen, pues, más remedio que seguir entre la espada y la pared, sirviendo de escarmiento á muchos que hubieran seguido sus pasos.

En España ha sido el protestantismo estéril porque no hay nada en él que hable al carácter y á la idiosincrasia religiosa de los españoles; y además, porque vaciado en moldes extranjeros, y por extranjeros dirigido y mangoneado, desconocedores en absoluto de nuestro modo de ser y costumbres, han querido traducir el alma española al inglés ó al alemán, y se han estrellado.

Esto por lo que toca á principios de táctica, que si atendemos al *modus operandi* ó al sistema de evangelizar ó misionar de los pastores evangélicos, el mayor prodigio del mundo hubiera sido que aquí hubieran echado raíces de ningún género.

Los extranjeros que aquí han venido á evangelizar pertenecen al montón de la clase, y si el pastorado protestante tiene eminencias en Inglaterra y en otros puntos, sin duda se han quedado allá, porque lo que es aquí han remitido lo peor, lo más rutinario, huero, ignorante, y adocenado de sus misioneros. Soberbios como todos los ignorantes, no han querido comprender una cosa tan sencilla como es que el sistema religioso evangélico, sin claudicar en sus principios, puede y debe amoldarse á la fisonomía y carácter peculiar de cada pueblo. Lo ha hecho la Iglesia católica que alardea, y es, más intransigente que ellos, y sin embargo sostiene en vigor cierta flexibilidad que se amolda á los diferentes países; de tal modo, que el católico belga, yanqui, alemán, austriaco, español é italiano se diferencia mucho entre sí. á pesar de estar unidos por el mismo Credo. Entre los protestantes no se ha entendido así; el pastor inglés que no logra nunca llegar á mascullar el castellano, es el que habla, predica, expone, catequiza, y dirige los cultos, poniéndose en ridículo él y todo cuanto representa. Si algún clérigo español tiene la desgracia de estar bajo su férula, su papel está restringido á los menesteres más oscuros y humillantes, aunque sean oradores notabilísimos y personas muy versadas en la Escritura. ¡Son españoles y basta!

Con este sistema, y el afán de vivir arrinconados en los barrios más pobres é infectos como alimañas, dedicando al culto tiendas y almacenes que no servirían ni para cuadras, huyendo del contacto del sol, de la gente, de la publicidad, de la controversia, de la exhibición valerosa del verdadero apostol, vegetando entre desarrapados analfabetos, odiando todo lo que huele á cultura y á vida moderna, estos buhos sólo se estremecen al contacto de las libras esterlinas que vienen de Inglaterra, tan cómoda como injustamente ganadas.

Aleccionados con tan funestos ejemplos, los pastores evangélicos especiales que han llegado á ser jefes de algo, han seguido la misma ruta estéril que sus caudillos extranjeros. El P. Tornos ha rechazado constantemente á todas las personas de valía que se han puesto á su alcance, y que hubieran engrosado seguramente las huestes de sus adeptos; el P. Cabrera, obispo protestante de Madrid, ha tenido

siempre el prieto de rodearse de nulidades, manifestándose siempre hostil á dar acogida á los muchos curas de talento y prestigio que han desfilado por su despacho, habiendo sido él cura católico y escolapio por retranca. De haber formado un pastorado de clérigos instruídos, cultos, buenos teólogos, oradores y escritores, con cuyo auxilio hubiera levantado tempestades en España; hubiera atraído sobre sí la atención, el aplauso y el dinero del extranjero, y si su obra es una obra de fe y de convicción, que lo dudamos, hubiera realizado algo estable y sólido que le superviviera, algo más firme y duradero que la Iglesia de familia que él ha formado, tan suya, tan personal, tan de sus deudos, que bien puede parodiar la frase del rey Sol y decir: «El protestantismo es pañol soy yo» Baste sólo decir, como nota de la táctica atrayente que el P. Cabrera pone en práctica para conquistar á los sacerdotes que á él acuden, que les exige *las testimoniales de su obispo*! Lo cual es el colmo de la insensatez ridícula.

Por eso un día le contestó cierto clérigo: —Sí, traeré las testimoniales que usted trajo del Provincial de los Escolapios cuando se afilió al protestantismo.

Continuaremos.

FRAY GERUNDIO

## LA LIGA DE LOS ANTICLERICALES y la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre

Orientaciones

Son estas dos castañuelas que, ó hay que tocarlas bien, ó no tocarlas.

Puede consentirse todo á una entidad social, menos la cursilería; y no diré que se haya caído ya en ella, pero sí que se llegará á ella pronto, si no se orientan pronto y acertadamente hacia lo que deben y pueden hacer ambas Asociaciones.

Motivan estas líneas, estas instrucciones dadas por la Junta Directiva de la *Liga Anticlerical Española* á sus delegaciones, y que publica la prensa:

«Nos piden algunas de éstas, instrucciones y consejos sobre varios hechos cuya denuncia entra dentro de los fines de nuestra asociación.

Las cosas han cambiado tanto con el advenimiento del Gobierno conservador, que hace inútil toda protesta; cuanto nos otros podríamos solicitar de él, sería desechado en redondo.

Creemos, con quien nos denuncia el hecho, que abusa de su autoridad el capellán del Asilo de la Paloma que reparte á diario entre los asilados periódicos jaimistas y de la Defensa social, pues no cabe en su ministerio adentrarlos en ningún partido político.

Igualmente nos parece mal la conducta de tantos y tantos jueces municipales que ponen insuperables obstáculos á los matrimonios civiles y que, cuando no pueden evitarlos, cargan la mano en el papel sellado y en sus derechos arancelarios, practicando para ello diligencias completamente inútiles.

Estimamos reprobable el caso de Viana, cuyo párroco negó sepultura eclesiástica al cadáver del militar Sr. García Jaldón, dando así origen á la protesta del



pueblo, que arrebató las llaves del cementerio y dejó incumplida la extravagante decisión del cura.

Peor que todo esto nos parece lo sucedido con los restos de D. Guillermo Bispp, ingeniero, de nacionalidad inglesa, y protestante, que murió en la Rua de Valdehorras. No existe allí cementerio civil, y las prescripciones eclesiásticas han obligado á que aquellos restos se sepulten en medio de un campo.

El caso es tan brutal, que aun cuando no habrá de hacernos caso, hemos creído de nuestro deber dirigirnos por escrito al Gobierno, á fin de que al menos ordene que se cumplan las leyes vigentes que obligan á todos los municipios á construir un cementerio civil.

Y nada añadimos, aunque se presta á reflexiones, de la fuga de un sacerdote con una de sus hijas de confesión, y el salvaje puñetazo de un beneficiado de Toledo que produjo la muerte de un eclesiástico su compañero; estos hechos y otros que no queremos consignar, deben ser corregidos por los obispos, interesados en la existencia de un clero respetable.

Nuestras delegaciones hacen bien en preocuparse del crecimiento clerical; nosotros les agradecemos sus noticias documentadas, y por ahora las aconsejamos que menden sus protestas, siempre que sean fundadas, y que esperen otros tiempos en que los avances clericales no se consideren, como ahora se consideran, triunfos del Gobierno.

Madrid 29 Noviembre 1913. — Miguel Morayta, presidente; Ramón Martínez Sol, secretario.

La publicación de los hechos y de las censuras merecidas, es ciertamente una parte del programa de la *Liga anticlerical*, y la aplaui por ello.

Lo que censuro es el espíritu decalco y pusilánime con que se considera *inútil toda protesta* durante el gobierno conservador, y que haya que esperar *otros tiempos* para hacer sentir en la sociedad la actuación de la Liga anticlerical.

Si realmente es anticlerical, nunca estará en mejor campo de acción que bajo un gobierno clerical. ¿Para qué se ha fundado si no la Liga? Precisamente en tiempos clericales es cuando hace falta. Si el Estado fuese anticlerical ¿para qué *Ligas* contra el clericalismo?

De arraijar la opinión de esas instrucciones, lo único procedente sería declarar de reemplazo la *Liga* en los periodos conservadores. Precisamente cuando es más necesaria que nunca, y más eficaces que nunca sus protestas, siempre que se hagan con valentía y con el propósito de hacerlas triunfar.

De los mismos hechos denunciados, algunos son de la competencia de la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre, á la que podían trasladarlos para que proceda según debe.

Y de los que son de la exclusiva incumbencia de la anticlerical ¿por qué no protestar *rápidamente y enérgicamente*?

De los clericales deberían tomar ejemplo esos *correligionarios*: cuando más se mueven, gritan y batallan, es cuando los liberales están en el poder. Sólo amainan un poco cuando mandan los conser-

vadores. Y se comprende: ¿para qué afanarse por lo que ya tienen?

Necesario es, pues, que se modifiquen esas orientaciones, y se corrija ese espíritu de amillanamiento y modorra, que rinde al enemigo con armas y bagajes una Asociación cuyo único objeto es batallar.

Y batallar constantemente, mande Juan ó mande Pedro, mirando siempre hacia arriba. Porque para eso, para subir se quieren las Ligas, como para triunfar se requieren las bragas.

## ¡Valiente lío!

Del atolladero en que la Restauración nos ha metido, da una idea el inaudito é inverosímil documento presentado al Estado español por una sociedad minera alemana que se dice Mannesmann.

Ofrece conseguir la paz en Marruecos sólo con que se le conceda estas pequeñeces:

«El Gobierno español, deberá restituir inmediatamente al Raisuli todos los bienes, «entregándole rehenes como garantías».

Se nombrará una Comisión, compuesta de un representante del Gobierno, uno de los hermanos Mannesmann y un marroquí. Esta Comisión elegirá los Tribunales indígenas.

El Gobierno se obligará á retirar las tropas de ocupación de Marruecos, dejando en Larache, Alcázar, Tetuán, Melilla y Ceuta sólo un regimiento ó un batallón.

Se constituirá un Cuerpo de tropas indígenas á las órdenes del Raisuli.

Todas las cuestiones de orden administrativo serán resueltas en un Consejo general.

Además se nombrará una Comisión, compuesta de un abogado y un economista españoles y uno de los Sres. Mannesmann, que tendrá por exclusiva misión estudiar las necesidades de los indígenas para adoptar todas aquellas medidas de orden administrativo y militar que sean necesarias.

El Gobierno español se obliga á poner en vigor el proyecto que le sea presentado por la Comisión.

Los indígenas conservarán sus armas.

El Gobierno español dará á los Mannesmann plenos poderes al objeto de tratar con los indígenas para restablecer la paz definitiva en Marruecos.

Los hermanos Mannesmann se entenderán directamente con los indígenas, sin intervención de las autoridades de España.

Los Sres. Mannesmann tendrán un representante en España.

Se formará «una compañía de Carta», que tendrá jurisdicción sobre toda la zona de influencia española y le estarán confiados todos los trabajos públicos que se hicieran en las mismas.

La concesión de la Carta será por cien años, y la Compañía firmará con las kabilas. Tratando de alianzas de todo género.

El Estado español estará excluido de toda ingerencia civil y militar, y para entender en cualquier asunto necesitará una autorización expresa de la Compañía.

Los poderes de la Policía y Administración serán ejercidos por la Compañía.

Se creará un Cuerpo de Policía indíge-

na en cada kabila, nombrando individuos ó destituyéndolos, según lo crea oportuno la Compañía.

Las relaciones entre los territorios confiados á la Compañía y á las autoridades militares y civiles no podrán establecerse sino por mediación de la citada Compañía.

Ningún individuo de las kabilas ó habitante de territorio entregado á la Compañía podrá ser juzgado por Tribunales civiles ó militares de España aunque residiese fuera de la zona en que la Compañía ejerce su dominio.

En caso de arresto de un indígena sujeto á la administración de la Compañía, habrá de ser entregado á los Tribunales de ésta.

España se obliga á realizar determinadas reformas político militares que impondrá la Compañía.»

Los señores Mannesmann contestan largamente á estas proposiciones que se les atribuyen.

De lo que ellos dicen resulta que hay españoles tanto ó más *Mannesmannes* que los alemanes.

A los dichos de todos responde el Santo proverbio:

«Cuando Dios quiere castigar á un pueblo le pone bajo el mando de mercaderes.»

Mercaderes son los Mannesmann, Raisuli y Compañía.

Para que esta sociedad resulte de primera clase, falta solamente que se presente bajo la inspiración del General Jesuita y con la bendición Papal.

A propósito de estos hechos, se ha levantado gran polvareda en la prensa.

Unos en pro y otros en contra, todos los periódicos se dirigen á la opinión en demanda de apoyo.

Pero ¡ay! la opinión ignora todo lo que ha pasado acerca de Marruecos en los sótanos de la Diplomacia.

¿A qué solicitar que apruebe ó repruebe lo que ignora?

Lo que puede afirmarse redondamente es que la guerra sigue, la paz no se ve, los trancantes van haciendo sus negocios, el pueblo va dando sus hijos, y la nación va aflojando millones...

Y esto es lo único que ve y que sabe Juan Español: el hijo que se va y la peca que le quitan.

Y que no son los rifeños los que arrancan al hijo del hogar ó cobran los impuestos: sino *otros* que ni dan sus hijos á la guerra, ni pagan sus gastos, y en cambio cobran.

Y á pesar de tal laberinto, en donde el pudor va perdiendo los calzones, el pueblo español...

Tan prudente, tan paciente, tan indiferente y tan... ¡placental!

(Dicho a cón perdón.)

## El clericalismo en Francia

Hablando Bonafoux en *Heraldo de Madrid* de la calda del clerical gabinete francés, dice entre otras cosas:



«La verdad no es más que una. La ha pregonado, cuanto á esta crisis, el inglés *Star*, diciendo:

«La derrota del Gabinete francés es una derrota para el militarismo y una victoria para la paz internacional.»

Pregona esa verdad Clemenceau en su artículo de hoy:

«El partido republicano no nos ha dado cuarenta años de libertad política integral y de justicia social incipiente para dejarse abatir vergonzosamente, en las tinieblas, por una conjuración, con ó sin Catilina, de curas ansiosos de volver á los días benditos del pasado.»

¡Militarismo! ¡Clericalismo!

He ahí los verdaderos derrotados en la última crisis ministerial.

Monsieur Barthou, con la ley de los tres años y con las aproximaciones al Papado, venía haciendo labor de retroceso político, absolutamente inadmisibles en este país, por la razón que alega Clemenceau, y absolutamente repugnante como hecha por republicanos y librepensadores. Que orleanistas, bonapartistas y nacionalistas trabajen claramente por la causa del militarismo y el clericalismo, bien está. Pero que lo hagan vergonzosamente, á traición y á mansalva, partidos y políticos que tienen la misión contraria, es intolerable. Y el pueblo grita:

—¡Fuera antimilitaristas con aumento de Ejército! ¡Fuera anticlericales con genuflexiones ante el Vaticano! ¡Fuera Judas!

Monsieur Barthou debe estar satisfecho de que su caída del poder le deje libertad y vagar para celebrar piadosamente la próxima fiesta de Navidad, y madame Barthou podrá consagrarse á ver venir los pastores al retablo del Niño Dios. Ya no habrá derecho á motejarla si el *Bulletin du Cercle Catholique de Noyon* vuelve á decir:

«De paso en Noyon con motivo de la inauguración del ferrocarril de Lassigny, la señora Barthou, esposa del presidente del Consejo, asistió, el domingo último, á la misa de nueve y comulgó piadosamente.»

Esta última crisis significa más que nada:

¡Abajo la farsa!

Ahora se verá que no eran infundadas las voces de alarma que EL MOTIN ha lanzado sobre los manejos del clericalismo en Francia, y con cuanta razón aconsejaba al pueblo republicano que no traspasase los límites de la cortesía con Poincaré, fijándose sólo en que era presidente de una República.

Felicitemos á Francia por haber ahuyentado otra vez el fantasma clerical.

## MUECA

En unos tiempos en que se ha convertido el altar en un banco de cambio, y el Parnaso en un monte de lujuria y en un lecho de liviandad, y la tribuna de los Rostros en un tablado de Susarión, y los escafos de los Parlamentos en carretas de Téspis y sus hemicírculos en circos de Corito, y las cátedras científicas en plataformas de farsas clivnescas, y los periódicos en taparrabos, en carteles de anuncios comerciales, en carnets de celastina ó en tablillas de delación; en unos

tiempos en que los hombres son escépticos y calvos á los veinte años, en que las mujeres no tienen entrañas sino intestinos, en que no corren por el cauce de los tálamos conyugales más que espermas impuros y sangres de crimen: en unos tiempos en que el Estado no es una sociedad de hombres sino de bandidos organizados en cuadrilla para el robo, como ha escrito Pi y Margall, en que la aristocracia terrateniente y la burguesía adinerada ejercen el mero y mójto imperio, y niegan á las clases subalternas la miserable cordilla que dan á sus gatos, los huesos que tiran á sus perros y las granzas que no comerían sus caballos; en un tiempo en que la felicidad humana consiste en redondearse, en tener una buena circunferencia, una buena curva abdominal, una buena sobarba, unos buenos mofletes y una estupidez hipopotámica; en estos tiempos de codicia económica y de cachaza espiritual, de morosidad y de abotargamiento, es un indicio de gloria futura y un signo de predestinación para la eternidad y para la inmortalidad, poseer un espíritu largo, tieso, vibrante, volador, y sentir una necesidad decidida de elevarse pisándolo todo, y de remontarse más que nadie ó de bajar más que ninguno, y tener el hondo presentimiento—¡terrible cosquilla de la muerte que nos acecha!—de que un día no lejano será necesario para la paz del mundo, que «el ejecutor de las altas obras» presente á la multitud, muda de consternada incompreensión, nuestra cabeza como una espórtula, diciendo: *ecce*.

ANGEL SAMBLANCAT

## La Iglesia y sus excomulgados

«matáis á los profetas y honráis sus sepulcros...»

### Dante y el Vaticano

Los italianos preparan grandes solemnidades para honrar al gran poeta Dante Alighieri. El catolicismo se propone tomar parte en esos homenajes al autor de la *Divina Comedia*.

Sin embargo, Dante fué una de las más ilustres víctimas del clericalismo católico y de los Papas de su tiempo.

Esa comedia católica es una repetición de la que el Vaticano y el clero romano desempeñaron hace poco con otra notoria víctima de la ferocidad y de la intransigencia católicas: con Juana de Arco.

En vida, la Iglesia persigue, excomulga, destierra, si puede, y mata, si no se lo impiden. Luego, si la notoriedad y la popularidad de sus víctimas pueden aportar algún beneficio, borra con el codo lo que sus manos ensangrentadas hicieron, y colma de honores póstumos á quienes, mientras respiraron, sufrieron por causa de ella persecuciones sin cuento y dolores interminables.

A Juana de Arco la calificaron de bruja y de demoníaca, hace unos siglos, y la quemaron; ahora la ponen sobre los alta-

res y se proponen agregar su nombre al santoral. ¿Por qué? Porque Juana, la Doncella de Orleans, es prestigiosa en Francia, y una vez hecha santa puede servir de emblema para agitar los espíritus reaccionarios é impulsar á los clericales á mover una guerra intestina contra la odiada forma republicana para restañar la monarquía ó el cesarismo.

Con Dante Alighieri persigue un fin parecido: buscar la popularidad, esforzándose por recobrar su decaído prestigio. A esto se debe el anuncio transmitido por telégrafo del 18 de Octubre, en el que se decía que Pío X exhortaba á los católicos á unirse á las conmemoraciones que se preparan en honor del más grande de los poetas de Italia.

Que Dante fué una víctima de la Iglesia católica, nos lo va á decir *Il Giovane della Montagna*, erudito escritor que con ese pseudónimo ilustra el semanario romano *L'Asino*:

«Dante fué perseguido por la Iglesia; Dante fué desterrado por los clericales de su época; Dante fué condenado á la hoguera por el Gobernador (*podestà*) puesto en Florencia por el Papa; las obras de Dante fueron quemadas por el legado pontificio; Dante escribió en *De Monarchia* la apología de la separación de la Iglesia y el Estado; Dante poetizó en la *Divina Comedia* la más alta sátira contra la Iglesia Católica. ¡Y los clericales quieren apropiárselo hoy, después que le envenenaron la vida! Es idéntico el caso al del hijo que mata á su padre y después le erige un hermoso monumento.»

Leído el artículo que precede, siento una tentación de risa y otra de indignación.

De risa... al ver indignados á mis correligionarios por la actitud de la Iglesia, honrando al Dante, víctima de ella...

¡Oh candor de mis colegas! ¿No ha hecho siempre lo mismo? ¿No consiste precisamente en esto el *negocio de la Iglesia*? ¿No es su primera víctima Cristo?

Bobos incrédulos, que no habéis observado que la Iglesia tiene el secreto de explotar á vivos y muertos: á los vivos matándolos cuando conviene á su negocio; y luego resucitándolos y canonizándolos, si el negocio lo reclama; y á los muertos, sacándolos del Purgatorio por dinero.

Y mi indignación, ¿por qué es? Por el miedo horrible á verme canonizado, si algún día el Vaticano cree poder aumentar su negocio colocando mi imagen en los altares.

¿Quién se podrá creer libre de tal peligro? Ni el mismo Morote pudo librarse del cementerio católico, antesala del cielo.

Este duda me aterra. ¡Si no me dejarán en paz ni en el infierno!...

¿Qué camino le queda ya á una persona decente para no verse subido en volandas al Paraíso?



No sirven para evitar este peligro, ni la excomunión, ni la condenación, ni el verse tostado en la hoguera.

Ni hacer lo que hizo Morote, ni verse acusado como Sol y Ortega de incendiarlo de conventos...

¡Nada, nada! Lo que decía Dante:

*Lasciate ogni speranza.*

Porque está visto que la Iglesia se ha empeñado en contrariarnos a todos, buenos y malos.

A los buenos, llevándolos al infierno, donde no quieren ir.

A los malos, confinándolos en el cielo, del cual huyen, y que sería su infierno verdadero...

Y vuelvo a mi tema. ¿Si seré yo canonizado? ¿Si algún día se leerá en el calendario: San Naken, virgen, martir y fundador... de EL MOTIN?

¡Espanto me da pensarlo!

## El niño en la escuela

Siento una gran tristeza cuando veo las rejas de una cárcel o las puertas de una escuela pobre. Dos cárceles.

Una es el corolario de la otra; la ignorancia produce el crimen; la mala escuela produce la cárcel.

Los pueblos tienen un corazón: la escuela.

.....  
¿Queréis suprimir la cárcel? Ponedle dentro una escuela.

De noche se iluminan las calles, a causa de los ladrones.

¿Queréis seguridad? Iluminad los espíritus, y apagad los faroles.

Es para las almas delicadas un cuadro doloroso ver a las criaturas durante seis horas en la escuela, sentadas, inmóviles.

El niño, cuyo organismo físico y moral requiere imperiosamente la agitación; cuya sangre es áspera, viva, inquieta, petulante; el niño, todo hecho de alegría virgen, movimiento rápido, de vibraciones aladas, no puede estar durante un día entero estúpidamente contrariado en una posición bestial y monástica.

¡Pobres flores!

Se les obliga a estar doblados sobre un libro árido, seco, abstracto; se les aquieta con la amenaza, y, cuando, soñolientos y cansados, levantan los ojos del libro, que no entienden, para mirar por la ventana un pedazo de cielo, encuentran ante su mirada, húmeda y tierna, la mirada dogmática de un profesor, muchas veces pedante.

¡Por Dios! Dejad correr a los niños; saturadlos de luz; equilibrad su sistema muscular y su sistema nervioso; dadles fuerza, movimiento, armonía, libertad...

Un niño no es un vientre: es un ave.

.....  
¿Queréis modelar la escuela?

No copiéis el claustro: imitad el nido.

Por eso, cuando los niños salen de las clases tienen una alegría vibrante, radiante, lúcida; gritan, saltan, trepan a los nidos, apedrean los perros, corren, des-

aparecen, vuelan, como pájaro que huyó de la jaula.

Vuelan, sí; la alegría tiene alas. Es la naturaleza que protesta. La naturaleza ¡palabra santa!

GUERRA JUNQUEIRO

## Un sabio jesuita

El *Día Gráfico* es uno de los periódicos de España peor escritos y el más malo de Barcelona. Está redactado en un español convencional, y casi todos los días equivoca los pies de los grabados. Tan graciosas confusiones y tan arbitraria manera de escribir le ha conquistado un centenar de lectores.

Pues bien, en este periódico estupendo ha publicado recientemente un señor que se firma Santiago Vinardell el más grandioso bombo a los jesuitas, artículo que tiene casi más gracia que las equivocaciones diarias de los grabados.

Títulase el artículo *Una visita al observatorio del Ebro*. Este observatorio jesuitico, desde el cual atisban los hijos de Lovola cuantas pesetas desfilan por el cielo y por la tierra, acaba de ser subvencionado por el Estado. De modo que, amigo lector, todos contribuimos al engrandecimiento, sino de la Ciencia, de la aborrecida Orden.

Después de un preámbulo sumamente laberíntico, nos conduce el articulista a la conclusión de que España posee el primer Observatorio del mundo. Ciertamente debe ser, cuando tan serio no los dice D. Santiago.

No lo pongamos en duda. Los jesuitas son los primeros astrónomos del orbe y el P. Cirera su cabeza más visible. Lo que es necesario recoger es lo que esta lumbrera de la ciencia astronómica dijo modestamente al autor del embrollado artículo.

Coplemos:

«Abandonamos el Observatorio con la impresión de haber admirado algo muy grande y que pone en lugar altísimo el nombre de nuestra patria.

«El P. Cirera nos dijo modestamente: «Sí, en efecto, nuestro Observatorio es el primero del mundo. Los norteamericanos han intentado varias veces organizar instalaciones modelo para dedicarse a esta clase de estudios. Pero no dan con el personal necesario. Los profesores yanquis tienen mujer e hijos, gustan de las diversiones mundanas y no se resignan, por amor a la Ciencia, a vivir en un desierto. Todo el secreto de nuestro éxito consiste en pertenecer a una orden religiosa.»

«Nosotros asentimos con un leve movimiento de cabeza a las manifestaciones del P. Cirera, pero nosotros no tenemos nada que ver con la humildad y el renunciamento que impone a sus adeptos la orden de San Ignacio de Loyola, y queremos decir muy alto que el mundo no produce cada día héroes de la Ciencia que tergan el templo del P. Cirera.

«El P. Cirera, con toda su humildad, es a los ojos del mundo el alma de la institución.»

De modo que ya lo saben ustedes:

El P. Cirera afirma modestamente que su observatorio es el primero del mundo.

Los norteamericanos «han intentado» hacer algo parecido, pero ¡cá! no dan con el personal necesario.

¿Por qué?

¡Pues ya lo han visto: porque los profesores yanquis tienen mujer e hijos!

Como que para estudiar astronomía es indispensable el voto de castidad.

En estas declaraciones de ese Padre... sin hijos, está retratado el fraile, el jesuita de cuerpo entero, vomitando su baba hidrófoba sobre los hombres que tienen mujer, que tienen hijos que son el sostén y la alegría de los suyos!

¡Sólo ellos, los jesuitas, los frailes, los que odian a la familia, los renegados egoístas, los aborrecedores de la procreación, son los que pueden cultivar la Ciencia!

Que conste esta declaración del sabio jesuita P. Cirera, y que no se olvide cuando el pueblo, cansado de tanta procacidad, empuñe la redentora escoba.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, 3 Diciembre 1913.

## Mandamiento explicado

D. Jeremías, un viejo maestro español muy virtuoso y celosísimo creyente, tiene una escuela particular y, como cobra muy barato, cuenta con algunos discípulos.

En su salón de clase no hay, porque son caros o tal vez por innecesarios, ni mapas, ni cuadros murales ni otros elementos de estudio que el *modernismo*, dice D. Jeremías, ha introducido en el menaje escolar. Hay, sí, unos cartelones con letreros, en los que ha estampado los mandamientos de la ley de Dios: el primero, amar a Dios; el segundo...; el sexto, no fornicar; ...; el noveno, no desear la mujer de tu prójimo.

D. Jeremías explica los sábados a sus discípulos la sustancia de los cartelones.

La casualidad nos lleva allí un sábado que explicaba el sexto mandamiento.

Confesamos que nunca se nos había ocurrido meditar sobre lo que son y quieren decir los mandamientos, por los que sentimos una admiración tan grande y tan profundo respeto, que siempre nos habíamos limitado a saberlos de memoria y a recitarlos como loros.

Abrimos, pues, tamaños oídos para escuchar la explicación de D. Jeremías.

—Amados hijos, el sexto mandamiento de la ley de Dios cuyo texto se ostenta en este cartelón de la derecha, en el fondo se refiere... (*pausa para respirar*) a las hormigas. Saben ustedes que las hormigas son muy dañinas; que se comen las plantas, que destrozan las flores, que invaden las despensas para comerse el azúcar y las confituras. Por consiguiente, hacer daño es cosa de hormigas y Dios no quiere que los fieles cristianos hagamos daño. De la palabra hormiga ha derivado el verbo fornicar. Quiere decir,



pues, que lo que este sexto mandamiento nos ordena es que no hagamos cosas de hormigas.

Los chicos se quedaron convencidos, y tanto que después, en el recreo, vi á uno de ellos que estaba comiendo un pastelito espolvoreado con azúcar y á quien otro chico quiso darle un manotón. El chico del pastel gritó enojado:

—¡D. Jeremías, Jesusito me quiere fornicar!

¿Qué prueba mejor de que D. Jeremías es un excelente maestro... católico?

*El Libre Pensamiento*

Montevideo.

## Las prisiones rusas

Documento que firman centenares de literatos, senadores, diputados, catedráticos, poetas y hombres de ciencia de diversos países europeos y americanos, llamando á todos los de buena voluntad, para que trabajen por la dulcificación del régimen penitenciario en Rusia.

Dícese en el documento, que desde la proclamación de la libertad constitucional en aquel imperio (Octubre de 1905) hasta la fecha, más de 40.000 personas han sido condenadas por delitos de opinión. De éstas, 3.000 y pico han sido ejecutadas, y más de 10.000 enterradas en vida en los sepulcros de la Katorga. La mayoría de los condenados lo fueron por Consejos de guerra.

La amnistía promulgada con ocasión del jubileo de la dinastía Romanoff sólo alcanzó á los presos por delitos comunes.

He aquí unos párrafos del documento: «Las condiciones actuales de Rusia hacen de las penas de prisión martirios insostenibles.

La falta de alimento, llevada hasta la inanición y la muerte; lo llenas que están las prisiones, hasta el punto de que es imposible acostarse en ellas ni en el suelo; la barbarie con que son tratados los prisioneros, hacen de las cárceles y presidios rusos verdaderos infiernos.

La Administración destina diez kopeks diarios (25 céntimos) para el sostenimiento de cada prisionero, mas los carceleros y empleados se quedan con la mayor de tan minúscula cantidad.

Amontonados en sitios muy sucios y sin aire, con desprecio de las reglas más elementales de la higiene y la limpieza, siempre hambrientos, los prisioneros son víctimas de horribles epidemias, casi sin ninguna intervención médica: el escorbuto, el tifus y la tuberculosis los diezman. En ciertas prisiones la mortalidad anual ha aumentado últimamente en un diez por ciento. Las cárceles y presidios son verdaderos focos de infección para las poblaciones que los rodean.

Pero lo más terrible aún, es la feroz manera de tratar á los prisioneros, tanto antes como después de su condena. Hombres y mujeres son, durante los interrogatorios, torturados, insultados, azotados. Así se ha dicho en la Duma repetidas veces.

Una verdadera epidemia de suicidios reina en las prisiones. Los presos ven en la muerte el único medio de libertarse.

No menos emocionante y trágica es la suerte de los innumerables deportados políticos, muchos de ellos condenados á tan horrible pena sin previo proceso, por simple medida administrativa. En regiones glaciales, sin medio de procurarse el más mínimo alimento, ni vestido ni abrigo, agonizan sin esperanza.»

Por si algunos de mis lectores lo ignoran, les diré que en Rusia impera la religión de Cristo, aun cuando no se reconoce la supremacía del Papa romano.

Lo advierto, para evitar falsas interpretaciones y prevenir falsos juicios.

## Nueva forma de solidaridad

En las obras de un ferrocarril francés, los braceros nacionales procedían, según costumbre, de modo brutal con sus camaradas extranjeros (tal vez españoles). Intervino el contratista, noble, generoso, humanitario, y desdolió á los atropelladores. Inmediatamente, los demás trabajadores franceses se declararon en huelga, á impulsos del concepto de solidaridad. «Solidaridad en el atropello, en la injusticia, en el olvido de los ideales de fraternidad humana? Ante todo, solidaridad de raza. Los victimarios son franceses, luego tienen razón. Y he aquí cómo la solidaridad obrera, llamada á destruir límites nacionales, en pro de un ideal amplísimo, nacionaliza la injusticia y la enhiesta como guión de combate.

La huelga aparecía como arma de vindicación. Ahora, en ese caso increíble, muéstrase instrumento de iniquidad. El contratista de conservar los braceros franceses, aunque actúen con la rudimentaria idea de los principios de moral universal que suelen tener los salvajes. Que sean despotas, agresivos, crueles; que hagan imposible la paz; que impidan á infelices trabajadores suplir la carencia de la mano de obra nacional, ¿qué importa? El ciudadano francés debe, en tierras de Francia, proceder con la sevicia que guste. ¡Guay del que los vaya á la mano! La huelga en pro del atropello; la solidaridad en favor de la injusticia, lo arreglan todo. Y así, el compasivo contratista ve cómo—en una evolución suprema—se le reivindica el derecho á la ferocidad.

Mal camino adoptan ciertos trabajadores franceses para contener la invasión de los extranjeros. La conquista material de Francia, cada día más visible, no se remedia con abusos coactivos, antes bien, ocupando cada nacional el puesto de labor que le corresponda. Cuando impera la enemiga al trabajo rudo, cuando los trabajadores autóctonos disminuyen atemoradamente en número, sobreviene la invasión extranjera, por modo automático. ¿Qué sería del Midi sin tantos miles de españoles que allí trabajan? ¿Qué fuera de tantas minas, de tantos talleres,

donde el elemento extranjero tiene á su cargo la labor más ruda? Si cunde la solidaridad en pro de la injusticia, no irán á Francia españoles, belgas, holandeses, italianos, y ¿quién fecundará las tierras y dará vida á las fábricas? ¿Cómo podrá compensarse el decrecimiento de la población por falta de natalidad?

A. V.

## La expulsión de los jesuitas

De un artículo titulado *Los condes de la Monarquía*, publicado en *El Mundo* y firmado por Federico Navas, copio los párrafos siguientes:

«Fué el conde de Aranda hombre de su tiempo á la vez que del nuestro. Estuvo en su tiempo y se adelantó á él. Y aún está casi más allá del de nosotros.

Alguien habrá dicho que su conciencia social y política se la creó la Enciclopedia, y de ahí explican los críticos de la Historia sus procedimientos como hombre gubernamental y sociólogo.

Acaso el padre Voltaire, con D'Alembert, Condorcet, y el abate Raynal, influyeron secundariamente en sus ideas; pero su temperamento político nació con él, la figura incorpórea, el carácter, que no lo marcan en esencia ni el ambiente ni los hombres, sino que es cosa ajena á los accidentes de la época y á la misma voluntad del individuo.

La energía, la prudencia y la habilidad son facultades que no se adquieren, sino que nacen, formando en principio al hombre futuro. Y estas son las dotes que nos presentan al conde de Aranda como persona de alto gobierno sia precedentes en la política española.»

«Un solo hecho, entre los mil insignes que dió su vida política, un tanto breve, y no por la resonancia mundial que tuvo, sino por el carácter y el ingenio que acusó en el conde de Aranda aquella acción, acción tanta como la de un Alejandro ó un Napoleón; un sólo hecho, ó el modo de ejecutarlo, lo revalidó de hombre de Estado, tipo nuevo y patrón futuro de otros en otra centuria.

No se pretende en una liviana crónica hacer oficios de historiador, que es ser crítico de ley. Déjese para la Historia el dar ó quitar la razón á los actos de sus hombres, y el cronista quédese con el ameno é instructivo cargo de comentar la manera de cómo fueron realizados los hechos. Que el historiador razone y el cronista comente.»

«Anda en las historias, con más ó menos claridad y detalle, un célebre sucedido de la noche del 27 de Febrero del año 1767, en la real residencia de El Pardo.

Cuéntase que en aquella noche el Rey Carlos, III de su nombre, se recogió en sus estancias particulares más temprano que lo de costumbre, todo hecho de preocupación y tristeza. Con un humor de los diablos ordenó que nadie ni por nada le importunase; ni la misma Reina. Deseaba descansar.

Desde el motín de Esquilache, cuando ensayó como una huída del Rey destronado, aumentó su carácter agudo y voluntarioso para con el trato de su vida íntima.

Esta habitación del Rey Carlos III era



una simple alcoba con austeridad de capilla. Componíase de un lecho sencillamente doselado; dos sillones de cuero, adornados con gravedad eclesiástica por clavos de oro en figura de estrellas; dos cuadros, fronterizos el uno del otro, que eran una maja de Goya, un desnudo pasional del Ticiano y un caballero del Greco; un reclinatorio, no de rezo, sino de meditación. Y nada más había, ni un libro, ni una pluma, en aquella rara y misteriosa dependencia retiro de Carlos III, en la cual abollábase el Rey á sí mismo y sólo vivía el hombre, sin otra compañía ni distracción que la de sus pensamientos. Que esta afición particular á la celda es muy de raza en los Reyes antiguos, como Carlos V y Felipe II, y sobremanera estuvo en boga por aquellos días de revoluciones solapadas, de hombres débiles, misticismos exaltados y orgullos y manías filosóficas.

Aquí, en la dicha celda, reclusase Carlos III cuando le abaisaban ó embargaban graves preocupaciones de gobierno y de familia. Por eso, filando la media noche del 27 de Febrero, paseaba, en su celda de El Pardo, haciendo corva su aguilona y erguida figura y descomponiendo su firme y majestuoso andar el peso de sus meditaciones.

Una vez decía: «Rey Carlos, expulsa á los jesuitas.» Y otra: «Pero ve cómo lo haces, no sea que te cueste la vida ó el reino.» Y en el momento de oír estas voces acordóse del conde de Aranda, que tan ingeniosamente lo salvó del motin de Esquilache. Y he aquí que en esta noche su recuerdo se hizo realidad viva, apareciéndosele el de Aranda en sus umbrales, con el sigilo de un brujo y las trazas de un conspirador.

—¡Conde, tú por aquí, en estas horas! —casi gritó el Monarca.

—Más bajo, señor. Y perdone. Vuestra Majestad. Todo lo arrostré, hasta la ira del portero de esta mansión.

—¿Qué acontece, Aranda? ¿Acaso los de Esquilache?... ¿Tenemos otro motin?

El conde, con el mayor silencio, cerró la herrada puertecita que confundíase con la pared. Y sin atender la invitación á sentarse que hiciérale Carlos III, sacó unos legajos que ocultos traía, y á falta de mesa escritorial, desenrollólos encima de la cama, y dijo al punto: «Esta es la expulsión de los jesuitas. Falta únicamente vuestra real firma. A por ella vengo de Madrid. Aquí firmaréis.» Y el conde, sosteniendo con su sugestiva mirada la asombrada del Rey, mostróle el pliego último de los varios que componían el terrible decreto de la expulsión.

Carlos III no acertó, en definitiva, á responder más que:

—Conde, ve que no hay pluma, ni tintero, ni mesa. Ya sabes que dentro de Palacio espían mis actos. Y si á estas horas nos ven, sospecharán, y...

—Todo lo traigo preparado, señor—atajóle el de Aranda.

—¡Dejémoslo para mañana, conde, dejémoslo!...

—Dije á V. R. M. que todo lo traía prevenido. Vedlo.

Y con presteza, asomándole aquella sonrisa propia de los hombres de ingenio y diplomacia, sacó del bolsillo interior de su casaca tintero y pluma de oro.

—Acepte la sacra majestad de Carlos III este obsequio en memoria de esta noche —dijo Aranda.

Unos historiadores dicen que entonces

el Rey se sonrió; otros aseguran que se puso serio, muy serio; mas todos están conformes en decir que el Soberano, haciendo escritorio de su cama, firmó en aquella noche el célebre decreto, á pesar de todos los espías y todas las maquinaciones que rondaban y ponían miedo en la voluntad de Carlos III, el de las Bellas Artes.

Lección de ingenio y energía que el conde dejó en la Historia para la raza de cuya decadencia ya se hacían lamentaciones.

Todo lo que se relacione con Carlos III y su reinado tiene gran interés para España, y más ahora que los jesuitas han vuelto á tener influencia en Palacio.

Y á propósito:

¿Sabe alguno de mis lectores si Carlos III tiene alguna estatua en Madrid, donde hay tantas de reyes completamente anodinos ó perjudiciales?

Porque yo lo ignoro, y sería cosa, si no la tuviese, de ahondar en las causas de esta soberana injusticia.

## Los «frescos» de Goya

Cuando se leen atrocidades tan inconcebibles como las que *El Siglo Futuro* escribe á propósito de los «frescos» de Goya en San Antonio de la Florida, es cuando se comprende que curas, frailes, obispos y arzobispos, como Aguirre, el de la triste memoria, hayan dilapidado nuestro tesoro artístico, dando muestras de una codicia sólo comparable á su incultura.

Los «frescos» de Goya, el maestro de un arte españolísimo, pintor que trazó con más firme trazo que nadie toda una época de nuestra Historia, están perdiéndose poco á poco, porque el humo de los cirios mata el color y borra el dibujo. Mil veces nos hemos ocupado de esta vergüenza nacional, y la incapacidad de los ministros ha desdeñado nuestras invocaciones al patriotismo y al amor al arte.

*El Siglo Futuro* echa por alto las patatas y dice:

«El *Heraldo* pide, una vez más, que del templo parroquial de San Antonio de la Florida sean arrojados los cirios, los incensarios, el culto á Dios, para salvar los «frescos» de Goya.

El *Heraldo* pide que el templo se cierre al culto divino, para convertirse en Museo, en donde se entierre y se dé culto... artístico al pintor que en la «francesada» de 1808 se afrancesó y huyó á Francia y no quiso volver á España.

Para el *Heraldo* el «culto á Goya» es preferente al «culto á Dios.»

¿Es comprensible que haya cerebros de tan primitiva estructura y tan torpe funcionamiento en los que es posible que germinen ideas? como la que acabamos de transcribir? ¿Quién le ha dicho al articulista de *El Siglo Futuro* que para salvar la obra de un gran artista sea necesario preferir esa obra al culto divino?

Nosotros dijimos hace va mucho tem-

po que para no ofender los sentimientos católicos de los devotos, podría construirse al lado de la actual iglesia otra igual, y de este modo se salvaría la obra de Goya y seguiría el culto á San Antonio. Hoy decimos que no merecen respeto los que escriben herejías como la que nos ha servido *El Siglo Futuro*.

¿Es que el culto divino está encerrado solamente entre las cuatro paredes de San Antonio de la Florida? Para un espíritu verdaderamente religioso, cualquier ocasión y cualquier lugar son buenos para adorar á Dios. Pero no deben entenderlo así los católicos de *El Siglo Futuro*, puesto que parecen buscar la pérdida de los «frescos» de Goya antes que el místico fervor por sus santos.

Estamos seguros que ninguna persona de sentido común—y no hay que aclarar que de esta clasificación está excluido el periodista autor de tan atroz dilatación—aprobará esas palabras. Porque parece que ese odio á los «frescos» de Goya nace a lamentable de la imposibilidad de venderlos...

JESUS J. GABALDON

## La propiedad es una ilusión

### Paradoja literaria

¿Qué puede poseer el hombre, pobre ser efímero, átomo imperceptible que recorre el tiempo por ese sendero del presente comparable al filo de una navaja de afeitar, suspendido entre dos abismos sin fondo, el pasado y el porvenir? ¿Qué es el hombre sino una burbuja de aire que se estrella contra la superficie del eterno océano, una miserable partícula de polvo? En este supuesto, ¿qué propiedad puede poseer un glóbulo destruido apenas formado, una partícula de arena en su rápida caída? Los límites de nuestro cuerpo y de nuestros sentidos nos cierran constantemente el paso y nos detienen por doquiera. Nadie es propietario de nada: á lo sumo se es usufructuario de las cosas.

Al cabo de algunos años, ¿qué le queda de sus palacios y de sus quintas al hombre más rico del mundo? El espacio de tierra que le cubre al morir y una de esas casas de seis pies de altura por tres de ancho que constituyen las ciudades enanas.

Os forjáis la creencia de que tenéis una casa, pero ésta pertenece también á vuestros acreedores; llévanse una parte las hipotecas y otra el fisco; el tiempo la deteriora y destruye; la muerte os arroja de ella, y el día menos pensado salís por sus umbrales con los pies por delante para no volver jamás á vuestro hogar. Tenéis en vuestra morada veinte soberbias salas cuyas paredes están cubiertas de cuadros de Rafael y del Ticiano; pero como no poseéis el don de la ubicuidad, no habitáis más que una sola pieza á la vez, y aún tenéis que conformaros con un sólo rin-



cón de la estancia. Vuestros cuadros pertenecen á todos cuantos los contemplan y si los que visitan vuestra galería son artistas, disfrutan de ellos más que vosotros mismos.

Sois dueños de una fortuna que os permitiría con er veinte veces al día; mas por desdicha, la indigestión os detiene á la tercera. Vuestras bodegas están repletas de exquisitos vinos; pero no podéis apurar más de tres á cuatro botellas diarias, y eso, si os lo permite la jaqueca del siguiente día. Aun que tengáis treinta caballos en vuestra cuadra, no podéis montar más que uno sólo, á lo menos que tratéis de imitar á los artistas del Hipódromo, lo cual no es para nadie una ventaja.

En vano se acumula sin cesar; la Naturaleza se opone el monopolio con sus leyes, que nadie quebranta sin ser al punto castigado por la enfermedad ó por la muerte. El rico, el propietario, puesto que por su nombre hay que designarle, se ve obligado á llamar en su auxilio, para gastar su hacienda, una legión de parientes, de amigos, de queridas, de parásitos, de obreros, todo un mundo que vive de su jugo. Cuanto á su gasto puramente personal, se reduce á bien poca cosa; y, de ese espléndido festín, el dueño de todo es de seguro quien se habrá comido la menor parte. ¿De qué sirve poseer las viñas de Chateau Lafitte si se tiene una capacidad de bebedor menor que la del borracho de la esquina? ¿Proporciona acaso el harem las fuerzas de Hércules? La verdadera riqueza consistiría en tener más dilatados sentidos, un estómago doble, un vigor séxtuplo que os permitiesen concentrar en vosotros mismos los apetitos, los deseos y los amores de quince ó veinte hombres. Al término de su vida, con toda su fortuna, el propietario no habrá gastado en realidad mucho más que el pobre. Ha hecho dos comidas al día y dormido en una cama, solo ó con una mujer. Millonario ó proletario, á nadie es dado hacer más.

Creyendo un rey de Egipto que su cuerpo era de la talla de su orgullo, se hizo construir una gigantesca escalera para un palacio colosal. Se necesitó una gran montaña para cada uno de aquellos escalones de granito. No había en el mundo nada tan grandioso. Pero el rey notó al fin que necesitaba una inmensa escalera para subir de uno á otro peldaño. En su proyecto se había olvidado de la dimensión de sus piernas, tan cortas como las del más pobre esclavo de su reino. Por una admirable ley de equilibrio, más allá de un punto determinado se pierde la proporción entre las cosas poseídas y el poseedor. El propietario no es más que el intendente de los que nada tienen.

Los goces son idénticos para todos, Rothschild no tiene más remedio que conformarse con el mismo cielo que un periodista y no puede encargar para él solo una puesta de sol especial, y más rica, y más espléndida, ni todo su oro podría añadir un rayo de luz á las magnificencias de la tarde. El mismo aire hincha

todos los pulmones; la misma sangre circula por todas las venas; todo el mundo tiene las mismas ventanas abiertas al espectáculo de las cosas. Cada cual no posee, en realidad, más que su pensamiento y sus sentidos.

Todo cuando en este mundo vale algo es gratuito. El genio, la belleza, el amor, no se adquieren. Se puede comprar un soberbio brazalete, pero no un brazo bien torneado; un collar de perlas, pero no un cuello blanco. El más opulento banquero de la tierra daría en vano toda su fortuna por hacer una estrofa de lord Byron. Cada hora, cada minuto nos arrebatara algo. Venimos al mundo desnudos, y desnudos lo abandonamos; poco se diferencian el pañal y la mortaja: un pedazo de lienzo al nacer y otro al morir bastan al hombre, puñado de tierra que no tarda en convertirse en polvo y que ha de penetrar todas las noches en la nada para poder vivir el día siguiente.

¿Qué es lo verdadero en esta doble existencia? ¿El sueño ó la vigilia? ¿El día ó la noche? ¿Se levanta uno cuando se acuesta, ó se acuesta uno cuando se levanta? La palabra propiedad se aplica á una cosa tan vaga, tan general, tan fugaz como el hombre; ¿no es un contrasentido? Nadie tiene nada—esta es la verdad—nada más que el soplo que pasa por nuestros labios y la idea que cruza por nuestra mente. Y con frecuencia, hasta esa misma idea pertenece á otro cualquiera.

TEÓFILO GAUTIER

## ARTÍCULOS FIAMBRES

### ¡A votar!

El retraimiento sistemático de la lucha electoral, es la muerte de los partidos.»

Tienen razón los que hablan así. A votar, pues, en las elecciones próximas, á pesar de los desengaños sufridos en las anteriores. Y á votar con fe. Y si puede ser con entusiasmo, tampoco estorbará. El entusiasmo vigoriza las ideas.

Pero á votar, no al candidato que nos impongan, si no al que nosotros elijamos. Democracia, mucha democracia.

Nada de encasillados dentro del partido. El republicano que venga á las Cortes, que sea porque el cuerpo electoral lo haya querido así; no porque se lo haya impuesto ningún jefe.

A votar, si; pero á hombres que prometan hacer lo contrario que los antes elegidos; los que vayan á las Cortes á adquirir reputación de enérgicos y revolucionarios, no á conservar la de sensatos y prudentes; á los que, sin compromisos de amistad siquiera con los hombres de la monarquía, ejerzan convencidos las funciones de fiscales y orgullosos las de jueces.

Excluyamos á casi todos los que pertenecieron á Cortes anteriores y no lucharon constantemente contra la monar-

quía; á los que hicieron una oposición más aparatosa que práctica, mas teatral que enérgica; á los que solo ejercieron de fiscales á ratos y de jueces nunca; á los que no supieron ó no quisieron hacer la propaganda republicana y revolucionaria por excelencia, la económica, para que el país se enterase de lo que les aguarda con los restauradores y lo que puede esperar de nosotros; á los que consintieron que los mismos monárquicos se les anticiparan en tratar cuestiones que debieron ser los primeros en plantear.

Si; excluyamos á casi todos, y nombremos otros. ¿Qué puede resultar? ¿Que sean como ellos? Ni perderemos ni ganaremos. Pero no vayamos á sabiendas á una oposición chirle, sin músculos ni nervios.

Creer que puede haber entre nosotros hombres que no se parezcan á los que vienen monopolizando la opinión del partido, acusaría candidez si nos equivocásemos. Pero nombrar nuevamente para diputados á los que nada han hecho, sería reconocer que no tenemos á nadie más que á ellos; es decir, que no tenemos á nadie.

1898

## La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

## VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

## Biblioteca de la Inquisición

*Almanaque de la Inquisición.*

*El Santo Oficio.*

*Los Autos de Fe.*

*Quema de brujas en Logroño.*

*Carne ultrajada y quemada.*

*Despojo, infamia y hoguera.*

*Auto general de Fe celebrado en Madrid en 1680.*

*Ahorcados, quemados y robados.*

A PESETA cada tomo.

LA RELIGION  
AL ALCANCE DE TODOS  
Una peseta.

IMPRENTA: LIBERTAD, 31.—MADRID